VÍCTOR ARREGUINE

ESTUDIOS HISTÓRICOS

Tiempos Heróicos.
Guerra de la Cisplatina

O. M. BERTANI
EDITOR
MONTEVIDEO

Victor Arreguine

Estudios históricos

Tiempos heroicos

Y

Guerra de la Cisplatina

O. M. BERTANI, Editor
MONTEVIDEO

TIEMPOS HÈROICOS

I

Toda generación tiene al despertar cada mañana un pensamiento que es de todos: la de 1832 a 1852 tuvo, en el Plata, este exclusivo pensamiento: Rozas. La tradición por una parte, por otra la solidaridad de la rama con el tronco y la teoría de la culpabilidad de las épocas (1), han conseguido hacer del personaje un enigma. En apariencia, quizá también en realidad, el personaje era todo un sistema: económicamente, la dominación de los terratenientes; en lo político, la dominación de las almas plebeyas; bajo el aspecto individual, el áspero instinto de los desiertos. La

(1) Cual si en determinada época todos los hombres estuviesen desprovistos de sentido moral. Injusto error pretender explicar la monstruosidad ética de ciertos personajes atribuyéndola a su época y extremar la generalización al punto de despojar a un pueblo de cualidades que jamás pudieron faltar por completo en agrupaciones numerosas. Tanto daría afirmar que las virtudes de muchos contemporáneos de Rozas formaban la característica de la época.

cuestión histórica es también aquí una cuestión ética.

El que tal hombre invocara a cada instante la «independencia americana», a punto de intentar una nueva égira a base de independencia y federación, él que en nada había contribuido a su logro y andaba en sus haciendas, en tanto los demás hijos de estos países vivían bajo banderas, sólo ha de tenerse por especioso pretexto para cometer abusos de poder; escudo grande para deshonrosa contienda.

Su sistema, «el santo sistema de Federación», representa a la humanidad por el lado meramente carnicero; sus fieles, antes que una fiera banda de cóndores, recuerdan un desbande de hienas.

El vocabulario rocista resulta sin equivalente histórico en su trágica simplicidad. Sus palabras expresamente elegidas, usadas hasta la obsesión, trasudan, más que odio, ordinariez intelectual, falta de alegría de espíritu. La «Mazorca» empleaba términos típicamente originales: el lenguaje, como signo revelador de estados de alma, respondía a su índole con extraña fijeza. La célebre «Sociedad», por obliteración del buen gusto, no comprendía el significado de las medias tintas: oftálmicamente, el único color que comprendía era el rojo (1); lingüísticamente, no tenían valor para ella sino ciertos pequeños grupos de voces, llevándola su exaltación a eliminar todo vocablo no sangrientamente expresivo. El mismo Lavalleja, en otro tiem-

(1) Más o menos como su modelo. Rozas, medio indio por vocación, créase un medio – fácil entonces – de bru-

talidad y fuerza corpórea. El sudamericano de la época es todo un ejemplar de buena salud y casi de invulnerabilidad. Removido, hace algunos años, el esqueleto de uno de esos hombres, el general Lamadrid, cayó de su cráneo una bala que había anidado, por así decirlo, al lado de la masa encefálica, sin causar mayores molestias al famoso guerrero. Rozas, aunque de pequeña estatura, es fuerte y puede servir de núcleo y emblema a la ambiente materialidad. Cae de ese lado. Muda la z de su apellido y queda en Rosas, buscando nada más, apropiarse el color fuerte de la pasión que encela y excita al hombre primitivo y al toro. Trueca en roja la bandera de la Confederación y ordena el uso del color rojo bajo tácita pena de muerte. Los escribanos están obligados a ligar sus legajos con cintas rojas y lo propio jueces y oficinas. De haber preferido el azul, se le tomara por precursor de decadentes, mandando calzar botas azules. Su estética corre parejas con su moral. Sus gustos — del amor a la gula — no se distinguen por ningún perfil de aristocracia. Su plato preferido, mollejas. Su gobierno, aunque rodeado de delatores, degenerados y malevos, no constituye exactamente un caso de tiberianismo. Sus prohombres de acción, tomados en gran parte de la policía, donde se forma gente de presa, usan daga, verga y serrucho... Los rostros de estos individuos son verdaderas definiciones psicológicas. Uno de ellos, «el carancho del monte», muy satisfecho de su apodo, permite inferir el hecho de una cerebración caranchesca; Salomón, tiene el aire de un animalejo fantástico, híbrido de felino y batracio; Parra, recuerda con su delgado labio y turbio mirar, al idiotismo cruel; en los ojos del fusilado Troncoso, arde fuego de locura impulsiva; en los dos dedos de frente del también fusilado Badía, se reconoce al mulatillo retrasado, simiesco. La galería hace sospechar, antes que una clase gobernante, las colecciones de una oficina antropométrica. Predominan frentes peludas y se ven algunos ministros con el exiguo frontal de don Eusebio de la Santa Federación.

po casi culto y magnánimo, pierde su sencilla originalidad al pasarse al rocismo. « El facineroso Rivera me ha vuelto a escribir la carta que adjunto a V. E. Creo que este pardejón está ya por volverse loco. » Tal estilo para su antiguo compañero de gloria! Verdad que este Lavalleja dista cien codos de gigante del pináculo a que han pretendido elevarlo poetas sin estro. Sucesivamente dictador, revolucionario, servidor de Rozas, teniente de Echagüe y de Oribe, se le ve descender, de hora en hora, y es triste de mirar esta caída en sucios y sangrientos fangales.

Oid a otro jefe rocista: « El coronel que suscribe, eleva adjunto el asqueroso papel que ha tenido la infamia de dirigirle el renegado foragido, inicuo salvaje unitario Manuel Puyrredón, vendido al oro inmundo de los piratas asquerosos franceses. » Toda la literatura rocista, desde las cuentas de los sastres hasta las notas de cancillería y los sermones de los curas, huele así. Los motes « asqueroso », « salvaje », « inmundo », apestan todo papel, y aún el lirio de las cartas de amor. Rozas gusta de los malos olores y de los malos sonidos. Asiste a los candombes de negros y no desdeña hacer pareja con tal cual Venus de Angola o Costa de Oro (1).

El mismo escribía: « El pardejón salvaje unitario Rivera, en su desesperada situación me manda proponer la paz, ofreciendo entregar al salvaje

(1) Manuelita Rozas, de quien de Angelis y discípulos hicieron una especie de santa federal, asistía también a los candombes.

Lavalle y a los demás salvajes unitarios al gobierno argentino. »

Nada ni nadie escapaba al torrente de diatribas con que los dos bandos enlodábanse, de suerte que el más sereno observador hallárase perplejo si no indujese por los caracteres de los actores lo que pudieron ser y hacer; perplejo y perdido en un océano de pasiones, donde toda ola insulta. Jamás el testimonio escrito resultó más sospechoso, y federales y unitarios, vistos al través de sus propagandas, no parecen otra cosa que dos tribunales de bandidos juzgándose recíprocamente.

La ironía les es desconocida. Sin embargo, comparadas las dos escuelas, vése de un lado la bota de potro; de otro, los sombreros de copa y las levitas negras. Disecados los documentos, disecadas las almas. Desarmado el mecanismo federal, no queda sino un montón de basura. Hecho lo propio con el mecanismo unitario, vése flotar multitud de ideas humanitarias (1).

---

(1) Los unitarios no estaban exentos ni de culpas ni de errores. Su principal corifeo, el gran Rivadavia, en 1823, « como gobernador delegado de Buenos Aires, había ofrecido 2000 pesos por decreto a quien aprehendiese al Dr. Tagle, ex ministro de Pueyrredón y jefe de la revolución clerical federalista estallada el 19 de marzo de aquel año, más 200 al que hiciese lo mismo con otros cabecillas; sometiendo a la justicia ordinaria reos de delitos políticos que fueron condenados a muerte. » Los mismos unitarios, para combatir a Rozas, intentaron anexar a Chile, según algunos escritores, las provincias de San Juan y Mendoza, a cambio de la alianza chilena, y se les acusa también de haber alentado la pretensión de ese país al estrecho de Ma-

gallanes, individualizándose la imputación en Sarmiento. Expedientes de la desesperación, sin duda, pero que autorizaban a los declamadores del nacionalismo gaucho a tachar de antipatriotas a los representantes de la civilidad. Tanto más, desde que la juventud ilustrada, con el poeta Echeverría a la cabeza, al formular en 1838 el « Dogma de Mayo », especie de recalentada declaración de los derechos del hombre, aceptaba la vaga patria universal. Inútil añadir que los inocentes muchachos, sindicados inmediatamente de « salvajes », tuvieron que abandonar su tierra.

II

El tiempo quita a los grandes delincuentes que han hecho algún bien a esta pobre humanidad, lo que tienen de trágico y hasta suele transfigurarlos en héroes. No usa en sus juicios nuestra especie la conocida balanza de Macaulay — pesar bien y mal bastándole saber de una buena acción para disculpar cien malas. Pero ni con este criterio ni con otro alguno, llegará para Rozas el día de la condonación. Eterno hasta donde sea posible el sentido del vocablo — espeso velo de sangre rodeará su memoria, porque nada hizo en beneficio de los hombres ni se le conoció un minuto redentor de altura de alma.

Federal no fué nunca. Mintió en esto, y en todo el barbarizador (1). Deplora en duelo federal la

(1) Miente a menudo. Su ídolo, el coronel Dorrego, la garantía y el pensador del federalismo, nada tiene de común con él. Mientras Rozas explota aquel nombre, para abaldonar enemigos, y aparenta tomarlo como a santo patrono, la pobre viuda y la pobre hija del coronel viven en la mayor necesidad, porque el Restaurador ni siquiera les abona la pensión que el Estado les asigna y para no perecer de hambre, las dos nobles mujeres vénse obligadas a coser todo el día, con sus dedos hechos a la flor y a la seda.

muerte de Quiroga, perpetrada por mandato suyo. Hace muy mal de cocodrilo el sangriento mimo y se nota al través de las «Gacetas» su insinceridad y la del estruendoso dolor de sus comparsas.

En general, farsante es el hombre; mas éste, en particular, supera a cualquier especie de cómico, representando a un tiempo veinte comedias: la de su valor personal, la de su respeto a la ley, la de su patriotismo... Se traga, pues, a Quiroga y a sus cómplices en la muerte de Quiroga, y se queda tan fresco! No de otra suerte procede el «gaucho malo» cuando, para consumar estupro o robo, degüella sin necesidad a cuanto halla al alcance de su cuchillo. Esta es el arma del tirano, el instrumento de sus ejecuciones oficiales. Podría llamar al degollador su hijo adoptivo. Se ensangrienta por cálculo y «glacialidad» de corazón. Suya es la notable ocurrencia de mellar los cuchillos para añadir horror al degüello, que hará exclamar a Avellaneda bajo la rodilla del verdugo: «Acaba, asesino!»

Al «patriota» Rozas, en el trueno de guerra en que arde el país desde la invasión del inglés, no se le ve el rostro en las batallas. Nacido en 1793, tiene edad para seguir a Belgrano y sino a Belgrano, a San Martín; pero gaucho flojo, economiza su individuo aún en las mismas circunstancias casi inverosímiles en que tiene de frente a la deificada Nulidad. Pura leyenda su valor. El camino al gobierno, su enérgica mujer se lo allana. Él sólo sirve para decretar matanzas y abusar de los dé-

biles. Su audacia entre gauchos, en medio de los campos, pasa por proverbial, pero sabía el astuto a cuales gauchos podía poner la mano y nada se recuerda de él parecido a las hombrunas salidas de Quiroga.

Vencedor, sus hordas son el crimen suelto; gobernante, desde su primera administración la justicia, como institución, desaparece; a un mayor Montero, le entrega, por vía de recomendación, fingiendo protegerlo, una orden de muerte, cumplida en el acto por el instrumento a quien la dirige. Instrumentos le sobran. Cada víbora repite su veneno en su prole, de suerte que naciendo unas víboras de otras, existirá veneno en tanto haya víboras. La cantidad de mal de este Universo no había cesado entonces ni ha cesado aún. La posibilidad de los Rozas no se ha extinguido y si parece extinguida no se debe sólo a falta de medio, antes bien, a ausencia de gigantes del crimen.

Vencedor y terrible, fácil le es fundar, en una sociedad desorganizada y sorprendida, su larga dictadura a base de corrupción y espanto. La mixtificación se consuma y ¡ay! ya vendrán los días en los cuales, guerreros de la independencia y magistrados con sus hijas y esposas, disputarán a la plebe el insigne honor de tirar de carros triunfales con la imagen del *Héroe*, y habrá sacerdotes que abrirán las puertas de los templos para que entre el retrato y pase a un altar y se

le reverencie (1). Júzguese por esto si el neronismo de Rozas, de quien se sabía él solazarse con bufones, no desmiente cualquier propósito superior, como el de acabar con la anarquía.

Pudiérase pensar en semejante finalidad si lo viésemos erguirse solitario, a modo de un Sila americano; mas faltanle el alto orgullo y terrible desprecio del quirite. Trasciende Sila a salvia silvestre; trasciende el Restaurador a matadero; uno a león; otro, a hiena. Velaba la hiena, noche a noche, temerosa del puñal · Sila, no. Ni hizo cesar la guerra civil el fiero gaucho, sino que la extendió cuanto pudo, ni exterminó al caudillaje, aunque envenenó, deprimió e hizo apuñalar caudillos. Veinte años de barbarie con veinte años de guerra, y, naturalmente, al cabo, tantos o más caudillos

---

(1) Un fenómeno de sugestión colectiva identificaba en las multitudes el principio federal y la persona del Restaurador, a pesar de no ser, en el mejor de los casos, el «sistema» otra cosa que el federalismo de los estancieros. La federación era «Santa» en el vocabulario rocista y pregonarla enfáticamente, exagerando el entusiasmo, constituía una suerte de orgullo local. Hasta el sereno o nocturno polizonte, provisto de chuzo y linterna, daba cada hora, voceándola, noticia de si el tiempo era bueno o era malo, con mueras a «los salvajes, inmundos unitarios» y vivas a «la Santa Federación».

En los viajes, en cada villorrio, en cada posta, a la parada de la diligencia, lo primero que oía el viajero, así tronase y fuese la oscura media noche, como si las gentes se hubiesen vuelto locas, eran los vivas al «sistema» y los consabidos mueras.

Tan feroz entusiasmo duró veinte años y con él el odio, esa alternativa forma de la bondad y de la maldad.

que en la hora trágica de los cuatro tiros de Navarro. Caudillos aún en la ciudad, para la plebe: Cuitiños, Parras, Salomones, sin contar los Mazas, y algo peor: el odio al extranjero y a la cultura, el espionaje de negros y mulatos, la sentencia de muerte contra toda altivez. La altivez anda en el destierro; el talento, expulsado. El «sistema» castra y degüella y con la piel de los enemigos fabrica maneas y forros de cabos de rebenque.

Hacia 1842 hace matar a todos los prisioneros de los ejércitos rebeldes. Los grupos de condenados, cavan una fosa común y se les fusila o degüella de dos en dos. Los sobrevivientes arrojan los cadáveres al gran hoyo oscuro, los cubren con paladas de tierra y... «Vengan otros dos»... Con todo, quizá no sea éste de los mayores pecados del hombre. Su pecado mayor, ser bruto. Bruto él y sus cómplices. No en vano la fantasía riverista, en la Banda Oriental los apellida «rocines». Bruto, rodeado de brutos. Su propio hermano, ¿no intenta, con larga hilera de yuntas, arrancar la piedra del Tandil, la maravilla que pudo llamarse péndulo del mundo? Sus soldados, frente a Montevideo, ¿no abren por el vientre a mujeres en cinta?

La grande idea federal, empequeñecida en la cabeza de un egoísta como Estanislao López o deformada en la de un alocado como Ramírez—fundador de la República Entrerriana — era más o menos accesible a todas las inteligencias, excepto a la de D. Juan Manuel, que nada deja tras sí

en el culto hiperbólico de su propia persona (1).

Lucha contra el indio, en tanto el indio ataca las vacas; no admite colonos; no concibe las divinidades agrícolas, ni siquiera el rústico arado de Triptolemo.

Los Rozas sin sangre, que los hay, básanse en parásitos de presupuesto. Este no. Gran maestre de la Orden del Cuchillo, busca uniformar a sus parciales en una terrible responsabilidad ante el porvenir. Para ser jefe, caudillo, rey provincial, dentro del «sistema», se necesita hacer gala de afición a la sangre. Mas él, ¿posee al menos la virtud de la fuerza? Posible probar que la tiranía sólo es propia de mujeres, muchachos y hombres débiles, y en el caso de Rozas cabe afirmar que sus delitos son, no fuerza, baladronada. Fuerte, aunque despótico, Lavalle, fusilando airado y «por su orden» a un gobernador vencido. No el que manda matar a Quiroga por miedo y sin responsabilizarse. No; no es fuerte el fusilador de mujeres, que no sabe, en la derrota definitiva, echarse a la muerte y huye, indecisa la victoria, del campo de batalla a una legación, de la legación a Inglaterra, para tender, después, desde Southampton, débil criatura, la mano que pide, cayendo de tirano en mendigo.

Pobre viejo tirano, implorando onzas de oro a Ezcurras y Anchorenas, cuando con una onza de plomo pudo realizar su ficción última! Nada de la pobreza augusta de San Martín remendando su casaca militar; él prefiere quejarse, hablar de

(1) Llegó a instituir el «mes de Rozas».

sus necesidades, hacer odiosa y hedionda su miseria; y hacerse el gaucho, a falta de cualquier otra originalidad, en un mundo que ya no tiene para que ocuparse de su persona.

III

El gaucho auténtico acostumbraba matar sin hacer sufrir: hallando en el campo animal herido, lo « despenaba » para restarle sufrimientos. El tirano le enseña el placer corrosivo de gustar de la contorsión agónica: la emoción del suplicio. Para ello, empieza por buscar colindantes psíquicos, a quienes adiestra, asimila y esparrama sobre la tierra. Naturalezas semejantes a la suya, aunque truncas, no faltan en el barro público. Crea el imperio chúsmico, este humillador de hombres. Humillador hasta abatir al nivel de su plebe a caracteres caballerescos. El brillante Soler, achícase hasta cortejarlo; el epicúreo Alvear, de cesárea ambición, llega al empleo del vocabulario de la « escuela » y así lo vemos escribir a un amigo de Buenos Aires, corriendo septiembre de 1851, desde Nueva York, donde se oye idioma de libertad, dando mueras a Urquiza, al « loco, salvaje unitario Urquiza », en armas contra el Restaurador. Y si a semejante literatura desciende el bien nacido, el orgulloso Alvear, cómo no arrastrará el don maravilloso de la palabra la plebe?

Rinden guardia de honor al ídolo, los miembros

de la « Sociedad Popular Restauradora », mandados por generales y coroneles que hacen de cabos y sargentos de las compañías de esa legión sagrada. De cabos y sargentos, pues no es permitido concebir nada tan alto cual el genio militar del general por antonomasia, cuya campaña «al Sud » rodeado del misterio de lo desconocido, apenas encierra la sofistería de un cuento *pour l'exportation.*

Sus tropas, matarifes, no ejércitos. Mariano Maza, el creador de la fórmula « violín y violón », clava en altas estacas, en la plaza catamarqueña, las testas del comandante general Espeche, gobernador Cubas y sus ministros Dulce y González, y debajo de ellas, Tamerlán criollo, eleva una pirámide de 600 cabezas que fueron ¡ ay ! de prisioneros de guerra. El cargo no se lo imputa ningún malevolente unitario, ni es el canino diente de Rivera Indarte el que muerde. Lo manifiesta en propia alabanza el mismísimo Maza, en el « parte oficial » de su victoria.

Muerte ! Tal la consigna, tal la pena de Rozas ; su ley, su mano derecha.

El militar español arcabuceaba, si se exceptúan Goyeneche y las últimas fieras de Fernando VII. Estos degüellan, porque el amo equipara el hombre al ganado.

Las tropas de Oribe dejan absorto a Tucumán, donde los ojos del recuerdo contemplaron por lustros al oriental Alegre, entrando a la población y mostrando a quien quería verla y a quien no, entre sus ensangrentados dedos, la cabeza de Avellaneda, cortada por orden de Oribe. Y a Olid, otro

de esa campaña, agachado sobre el cuerpo del degollado gobernador, sacando a cuchillo lonjas de piel con que hacerse una manea. ¿Qué extraño, pues, que a poco se colore la Banda Oriental con el nitrato de plata de estas almas?

Rezar un credo y morir degollado, era de regla en las ejecuciones comunes; pero cuando se aplicaba «violín y violón», o degüello con cuchillos mellados, «a pelo y contrapelo», nada de espirituales auxilios, sino la jarana y la befa de los verdugos.

Muchos de sus generales son insignes «violinistas». Cuando Oribe, «imperátor» del Arroyo Grande, avanza hácia las murallas de Montevideo, deja a su espalda rojos charcos. Van, como toros, sus soldados, a emprenderla a cornadas contra el país entero. Desfilan por sus cerebros primitivos, visiones y más visiones de sangre. No deja en ellos el pasado, imágenes ni más placenteras ni más varias. ¿Toros? ¿Bestias rebeldes al arado? No, tal vez. Tal vez perros bravos frente a Montevideo. Allí los tiene el amo, nueve años ocupados en ladrar.

Montevideo o perecía, pasada a cuchillo, entre sus murallas rocosas, o llamaba a banderas a los residentes extranjeros. Optó por éstos, hombres de libertad, lo cual exacerbó a los perros esquíleos, que todo extranjero, a sus ojos, exceptuado el inglés, rocista, porque de Rozas esperaba la libre navegación de los ríos para sí, era raza maldita.

Urquiza, con su victoria de India Muerta, deja mudos de horror los campos del antiguo Oriente.

Echagüe redata en su cuartel general su proclama

de 30 de Agosto de 1839, disponiendo el degüello de todos los empleados y militares que sean tomados prisioneros al ejército de Rivera y también el de los adictos a su causa. Sus hijos « de más de 7 años » serán pasados por las armas, para que los degollados « no tengan vengadores » dice el hombre. Sus madres y mujeres, serán « destinadas al ejército ». Sus bienes confiscados en provecho del ejército, las poblaciones incendiadas. Amenaza y cumple.

IV

No carece de astucia el semigaucho positivista D. Juan Manuel y hasta se le ve una franja tiberiana adornando la masa histriónica. Paga bien la delación, con bienes unitarios. El cuerpo de delatores populares, comadres, esclavos, sirvientes, viejas entrometidas, curas epulones, supera en oído a la más lista policía investigadora. Diríanse duendes de consistencia aérea.

Sus panegiristas lo pretenden «honrado», «buen federal», «buen americano» y hasta «demócrata» y «organizador del país.»

Si en tales cosas hubiese algo más que prurito de originalidad — daltonismo aparte — y llegaran a tomarse en serio los pomposos calificativos, la verdad es que tendría que definirse la Historia como el tratado de la mentira y de la estupidez; mas es de figurarse que un panegírico sincero — o cuando menos tembloroso — sólo hubiéralo podido escribir aquel modelo de áulica fidelidad que tuvo por nombre D. Eusebio de la Santa Federación, y en definitiva diremos que fuera del poder laudatorio que en tal meollo existiese, ni en pro ni en contra se le debe tanta literatura a quien,

siendo un producto histórico, lejos estuvo de ser una necesidad histórica y de llenar necesidad histórica alguna, si no se cae en la tentación de entender por tal el atrasar en medio siglo la civilización de estos países, echándolos de los reflejos de las grandes luces de Mayo al reflejo del candil grasoso del candombe.

Lo de la «honradez», pudiéndolo ser en materia de dinero, no lo fué. Oro y plata pillados a cien varas del agua, por donde hubiese salida al exterior, quedaban confiscados en provecho de denunciantes y aprehensores, para evitar, se decía, que los unitarios, sus dueños, se los llevasen. Las estancias, las quintas, las casas de los adversarios huídos, eran saqueadas y ocupadas sin mediar el más remoto procedimiento judicial. Se degollaba sus ganados y se hacía leña de sus montes de árboles frutales y de adorno, viéndose caer bajo las hachas federales, el pino y el ciprés del tiempo del virrey Ceballos y el olivo y la vid del tiempo del virrey Arredondo. El unitario no podía comprar ni vender, de suerte que el fugitivo, por poderoso que fuese, llevaba tras sí el fantasma del hambre. En el derecho civil de Rozas, el unitario no existe como sujeto de derecho; donde existe, es en el código penal. El tirano trafica con las harinas en provecho propio; acepta una guerra contra ingleses y franceses, antes que abrir los puertos a la libre circulación de la riqueza, de los hombres y de los pensamientos. Mientras lo bloquean, reputa crimen de correntinos, entrerrianos y paraguayos, comerciar con ingleses, franceses, yanquis y orientales, en todo lo cual si existe ganancia

para cónsules y ministros de los bloqueadores que fletan buques por su cuenta, mayor lo hay para las comarcas que pueden exportar sus riquezas.

Prohibe en sus puertos, sea en tiempos de paz o de guerra, importar jaeces para cabalgaduras, objetos de hierro, escobas. Ni trigos, ni hortalizas, ni frutas pueden venir, siquiera sea de otras provincias, a menos de pagar enormes impuestos.

No quiere que se perjudique ni al platero, ni al talabartero, ni al herrero, ni a la negrada federal, fabricante de escobas, miembros o coristas de la « Mazorca ».

Lo de «buen americano», siendo verdugo de los suyos, parece blasfemia. Lo propio lo de « buen federal », con el país en un puño. Su federación, palabras, por mucho que ordene a sus tropas persignarse « por la señal de la Santa Federación ».

O ¿ no es él quién, a la caída de una calurosa tarde, como que estamos a 8 de diciembre de 1829, declara a Santiago Vázquez, agente de la Banda Oriental, su indiferencia por los principios federales? — « Muchos creen, le dice, que soy federal. Se equivocan. Nunca he pertenecido a semejante partido. Si hubiera pertenecido le hubiera dado dirección, porque, como Vd. sabe, nunca la ha tenido. Ese Dorrego... Mire Vd. que cabeza ! »

Lo propio en cuanto « republicano » El aspira a dar una dinastía a su tierra, en la persona de su hija Manuela e intenta transmitirle el poder dictatorial, indicándola a sus parciales como « sucesora » suya, para cuando llegue la hora. Y acusa, con todo, al partido rival, de haber intentado

traer un rey europeo y civilizado, allá en los días nublados de la Revolución.

Que hizo respetar a la nacionalidad? En rigor, lo que hizo fué exponer mil veces a su país a que se le faltara al respeto y alcanzar que el nombre glorioso de Buenos Aires resonara en Europa con rumor aqueróntico.

V

Restaurador de la ignorancia, arden por orden suya, en la plaza pública, a mano de verdugo, los libros de Voltaire y de los enciclopedistas, tachados de inmorales por sus adocenados curas. Por igual cargo, en esta retrogradación al medioevo, destrúyense cuadros y esculturas, cuyo pecado es la noble desnudez del Arte.

Nada de olímpico. En todo caso « verga y cuchillo » y la orden de Loyola. Quiere crear, si tanto es posible, un reino de sombras. Apagar el sol y encender cirios eclesiásticos que alumbren su imagen, y quedar solo al fin, con sus serenos, su « Mazorca », sus Parras, Cuitiños y candombes.

El cierra las escuelas (1), declara guerra a los estudios, a los libros, a los hombres de letras que no sean dignos como el napolitano de Angelis de protagonizar en la comedia picaresca.

Rivadavia había secularizado los conventos, transformándolos en escuelas, y él devuelve los

---

(1) De hecho, aun la escuela primaria del Estado quedó suprimida, pues no se pagaba a los maestros. En 1842, las contadas escuelas infantiles pasaron a depender de la policía.

conventos a los frailes y « arrumba en los recovecos de la Fortaleza » los costosos laboratorios traídos de Europa por aquel ilustre patricio. Clausura el Instituto de Enseñanza Superior « por no corresponder sus ventajas a las erogaciones causadas », y por otro decreto (1) restaura a la Compañía de Jesús (2), expulsada por los mismos españoles, le asigna en el presupuesto una subvención mensual y le entrega los útiles de la suprimida Universidad y la enseñanza de los jóvenes.

Su clericalismo es cuanto se puede imaginar de más opuesto al liberalismo rivadaviano. Vuelto de Europa Rivadavia, lleno de ideas inglesas, que su imaginación latinoafricana conduciría a las más vastas generalizaciones, había concertado con Canning, en 1826, el tratado que establecía la libertad de cultos en el territorio argentino. Rozas, hace lo posible por destruir esa y toda otra libertad, sus odios.

Jefe de la reacción clerical iniciada por Dorrego en su mensaje de 1827, sus invocaciones a Dios, impetrándole su complicidad, no pasan de farsas de mimo; él y sus tenientes, sin duda y a su manera, son espíritus religiosos.

Aldao, general y caudillo, fraile de tremendo brazo, gigantesco cortacabezas, podría pasar por personaje de leyenda fantasmagórica de la Edad media, si la realidad no batiera en sus fraguas, de tanto en tanto, tales formidables piezas ; Heredia,

(1) Decreto de 26 de Agosto de 1836.
(2) Otro tanto hizo, simultáneamente, en Montevideo su secuaz Oribe.

gobernador y caudillo del Tucumán, es un doctor en teología y entiende de dilogías y probablemente del trivio y del cuadrivio, por más que parece menudearle a los néctares en auge; Echagüe, el gobernador y caudillo entrerriano, pudo morir obispo, pues obtuvo su doctorado en la misma difusa ciencia, con derecho a decir misa. Al revés de los españoles del siglo de oro, que de guerreros pasaban a teólogos, él ha pasado de la teología a la guerra — y así le va! — de « La Ciudad de Dios » al mate amargo de los vivaques y al agua en un cuerno de vaca. Consagrado — quizá un poco en broma — general, por López el de Santa Fe, y ratificado en sus palmas y oros por el Restaurador, teólogo militante, cree vagamente combatir al ateísmo rivadaviano, con sus lanzas y chuzos.

Quiroga aunque de perfiles sarracenos, muestra también algo de teólogo. Místico de los arenales y de los salitrales, su negra bandera ostenta esta leyenda lúgubre: « Religión o muerte ».

Mezcla de taumaturgo y licántropo, errabundea por los llanos, lanzas al sol, con quién sabe qué ensueño, a punto de que el ático Fidel López le atribuye visiones y pensares bíblicos.

¿ Farsa de gaucho calculador, ese su ceñuelo de « Religión o muerte »? ¿ O que, a sus ojos, Dios háse hecho federal y todas las tardes despliega, en señal de alianza, el lienzo federal del crepúsculo? Quién sabe! Lo cierto es que desde Aldao a Lavalleja, todo general del « sistema » es capaz de decir misa y ora varias veces al día.

Si algún título mereciera el déspota al respeto de los hombres por lo de « organizador del país »,

él, que no plantó un árbol, ni abrió una escuela, ni amó, ni estimuló una inteligencia, ni secó una laguna, ni formó un sabio, ni inspiró sino versos de maldición ¡los cárdenos versos de Mármol! fuera el de haber formado a contra designio, por reacción, una generación, segunda de Mayo (él se había interpuesto entre la obra de Mayo y el futuro) nutrida en la opresión y el dolor, estímulos de las almas fuertes. La generación que tras él culmina, caracteres templados en la desgracia y adiestrados en el estudio, es la sola «organizadora», que ha elaborado en el destierro la futura obra. Generación de los esquemas y de los bríos, vendrá con la teoría que encadena lo real a lo posible, a hacer entrega de ideales, mientras vaya sacando, con empuje heracleano, de las tristes ruinas, los materiales de la nueva nación. La generación de Mayo, tomara a pechos crear una nacion por la guerra; esta última, una democracia por la paz. La primera había talado el bosque tres veces secular, hasta la humedad recóndita de la maleza; esta otra, trajo la siembra. Rozas queda entre tanto, como inútil paréntesis sin pensamiento y estéril lluvia de sangre. El símbolo sanmartiniano pudiera ser cañón y espada; el de los hombres que reemplazaron al «santo sistema», arados y universidades. En cuanto al de Rozas... Una verga de toro y un moño punzó.

VI

Uno de los temores de Rozas fué siempre la existencia libre de Montevideo, donde podían formar cuartel general sus adversarios. Por eso, más de una vez, atentó sistemático contra esa independencia. Tal el pensar de Andrés Lamas.

No apoyar al primer gobierno constitucional, cuando estaba en vigencia la cláusula del tratado de 1828 que imponía a los Estados limítrofes sostenerlo contra cualquier revolución; haber calumniado a la República con la patraña de que algunos de sus hijos intentaban monarquizar la América; tratarla, en tiempos de Oribe, como a la menos favorecida en los aranceles aduaneros; enviar en esos mismos tiempos, agentes a Montevideo con gestiones y planes anexionistas; auxiliar cuantas revueltas tramara Lavalleja; dar a Oribe un ejército para que reclamase tres meses de presidencia, cuatro años después de renunciarlos, todo esto induciría a un extranjero a suponer auténtico el plan que Lamas imagina y casi demuestra.

El argumento de la guerra de tarifas nada tiene que ver con el plan imaginario. Los buques de alta mar fondeaban a algunos kilómetros de Bue-

nos Aires, por el poco fondo de este puerto, en tanto que en la profunda bahía de Montevideo hallaban, además de la ventaja de estar a dos pasos de tierra, la de no exponerse, en el trayecto que separa las dos ciudades, a los bancos de arena esparcidos en el estuario. Un pueblo de naves de bandera oriental, lanchas y goletas, tomaba los cargamentos a las entrañas de los trasatlánticos y, con buen viento, trasladábalos en una noche al vecino país. Esto que pasaba con el tabaco, la yerba mate, el café, el azúcar, el cacao y demás productos del Brasil, ocurría con las mercancías de Europa, Estados Unidos y la India y levantaba unánimes protestas de lanchoneros, prácticos alemanes, obreros y mercaderes de Buenos Aires.

Recurso injusto imponer un derecho adicional de 25 % a las mercaderías trasbordadas en Montevideo, pero ¿ quién no reconoce en él propósitos de prosperidad local siendo, como era, el auge del puerto montevideano decadencia del bonaerense ?

Ahora, en cuanto a la ayuda a los Oribes y Lavallejas, nada ofrece de sorprendente. Oribe había perseguido a los unitarios con parecido rigor al rigor federal de río por medio, desterrando, entre otras cosas, al gran Rivadavia y poniendo « fuera de la ley » a Lavalle.

El señor Lavalleja en el gobierno, en lo de hacer policía federal, fuera otro Oribe, conducta que no podía esperarse de Rivera y, naturalmente, entre un aliado cierto y una soberanía neutral, Rozas no podía vacilar. Positivo que la invasión de Oribe hízose bajo bandera argentina y que argentinas fueron las naves que dieron eficacia al ase-

dio ; pero jamás se dijo que la guerra tuviese por móvil incorporar la vieja Banda Oriental a la Confederación, sino restaurar a un presidente derrocado.

El combatir de Rozas, a título de que aquí y allá se tramaban conspiraciones, si algo prueba, es su rabia al fantasma unitario.

Los franceses residentes en Buenos Aires, muchos de ellos republicanos, otros bonapartistas, recordando éstos, melancólicamente, al último Titán ; aquéllos, a « la diosa Razón », y dándole a la lengua con su « liberté », « legalité », «fraternité», no podían simpatizar con las cataduras de la « Mazorca », ni con el semigaucho católico que no entendía un ápice de Revoluciones, ni medio ápice de romanticismos ; y esto y las cordialidades que tenían para con muchos unitarios, ya rememorantes de la Convención, ya del Directorio, concluyó en furibundas persecusiones.

Más : Rozas se negó a reconocer por encargado de negocios de Francia a cierto marqués de Peysac y, fallecido el marqués (1), desdeñó las reclamaciones de su sucesor, que no consiguiendo ni la libertad de algunos de sus compatriotas arbitrariamente encarcelados, ni indemnización para otros perjudicados en sus bienes, ni promesas de equidad, hubo de arrear su pabellón y trasladarse a Montevideo, donde le esperaban nuevas dificultades promovidas por Oribe.

En vista de éste y otros casos ocurridos en Colombia y Méjico, Francia pensó apelar a demos-

(1) 1836.

traciones de fuerza y M. Leblanc, jefe de sus naves en los mares del Sud, recibió orden de apoyar las reclamaciones y en tal carácter hizo su entrada en el Plata a principios de 1838. El primer cuidado del almirante fué ver de entenderse a las buenas con el dictador ; las bases propuestas no podían ser menos exigentes : reconocer a Francia el derecho a indemnizaciones por perjuicios inferidos a las personas o bienes de sus súbditos ; colocar a éstos « en igualdad de condiciones con aquéllos de las naciones más favorecidas », hasta la conclusión de un tratado ; sometimiento a juicio de los que estaban arbitrariamente presos. Rozas, que llamaba en burla « el rey cuidador de chanchos » al monarca de M. Leblanc, respondió con evasivas y esto dió margen a un simulacro de bloqueo. ¿ Qué más podía desear el dictador para patentizar su « americanismo » ? En el instante la cuestión diplomática fué transformada en otra de « honor nacional » y el rudo pastor de la Pampa quedó consagrado, a los ojos de los rudos pastores y ruda canalla, en « Defensor de América » (1).

Pronto las naves francesas duplicaron su número, pero un bloqueo de 8 buques, a 2000 leguas de su país, en un inmenso estuario, resulta irrisorio,

(1) Emancipada la América del Sud, intentóse en muchas de sus partes, instituir una especie de derecho americano, muy acorde con los vetustos procedimientos coloniales, esto es, de exclusivismo y tiranía contra los extranjeros. Así, una ley de 1821 imponía el servicio militar a los extranjeros residentes en la Argentina, excepto a los ingleses. Francia reclamó, cinco años después la misma excepción para sus súbditos.

y éste que perjudicaba a Inglaterra acostumbrada a hacerlos levantar siempre y cuando le convenía, presagiaba nuevos conflictos.

En el curso del bloqueo Francia repitió sus gestiones pacíficas, ampliando sus reclamos con otros derivados de recientes abusos y haciendo presente al dictador que de ningún modo pretendía humillar la altivez argentina, « después de haberle dado pruebas de sincera amistad, y que protestaba contra toda mira de invasión que pudiera atribuírsele », añadiendo frases de pena por tener que dar tono a la justicia de su causa en medidas contrarias a sus hábitos de moderación. Rozas que aspiraba a guerrear con cualquier potencia europea para afirmar sus pretensiones a « Gran Americano », no aceptó el ultimátum y entonces tocó el turno a Leblanc y Daguenet fué encargado de iniciar las hostilidades con la toma de Martín García.

Ese era el tiempo en que Rivera, en lucha con el presidente Oribe, le daba los últimos enviones y fué también ocasión para Leblanc de desvanecer la leyenda rocista y propiciarse la buena voluntad de orientales y unitarios. ¿ Qué medio de mayor eficacia que una especie de liga con el caudillo victorioso ? Así lo pensó y por intermedio de su amigo el joven Andrés Lamas, asesor de Rivera y auditor de su ejército, consiguió que la toma del islote se intentara con un contingente oriental (1)

(1) Lavalle y otros emigrados argentinos miraron muy mal en sus principios esta alianza ; pero luego, Alsina, Florencio Varela, Agüero etc., se acercaron al representante francés y convencidos de que no se atentaba contra la independencia de estos países, todos, incluso Lavalle, entraron en la liga.

y en octubre 200 soldados y varias naves del caudillo se presentaban al costado del peñasco con los buques de Francia, tremolando en el viento las dos banderas. El jefe de la isla para entusiasmar a su tropa — 133 gauchos — « mandó se enarbolaran en el asta los retratos de Rozas y Quiroga», recurso inútil pues las tropas de desembarco cargaron a la bayoneta y tomaron el peñón.

El caballeresco Daguenet entregando sus espadas a los oficiales vencidos, devolviólos a Buenos Aires con los demás sobrevivientes y fué con ellos en un bote, a cuya popa ondulaban los colores franceses y argentinos, y aun hizo por nota el elogio del jefe rival. No había sido éste, sin embargo, el único intrépido, sino todos sus compañeros, y en particular un yanqni Thorne, rendido, y abrazado después de rendido por el capitán de los barquichuelos orientales (1), quien también creyóse en el caso de escribir a Rozas alabando a su prisionero. De ser otro hombre el déspota, ¿no habría sido ésta una justa de caballeros?

(1) Santiago Soriano.

VII

Oribe al fin quitado del poder, partió en nave de guerra de los ingleses a ofrecer su espada al tirano. Rozas había hecho sus estudios, no sobre libros, en el mostrador de un almacén o tienda, sin roce con las clases cultas que en trato, hábitos e ideas diferían en todo de él, semigaucho rico, acostumbrado desde la infancia a degollar corderos y apalear caballos; Oribe era de natural más culto y de un estiramiento que se confundía con una suerte de desabrida corrección; pero, soldado desde los 12 ó 13 años, carecía de estudios — y dicho va esto contra la especie que le prodiga honores de militar de escuela, sin decir en qué escuela o dónde pudo adquirirlos — mostrándose apegadísimo a la letra de la ley y de las ordenanzas, en cuanto conferían poder al poder, no en cuanto daban asomos de libertad; y por esto, por su estrecha noción de autoridad, veía en el déspota modelo de gobernantes, como el déspota veía en él un rencor vengativo y una buena espada de que servirse (1). Y aquellas dos figuras dantescas, aque-

(1) La fama militar de Oribe sobrepuja a sus empresas. Las pocas veces que venció, venció a tropas numéricamente inferiores o colecticias. En Sarandí e Ituzaingó, su comportamiento, táctica y valor, no rayaron a gran altura y cuanto se ha dicho de su arrojo y pericia en esas acciones es puramente mitológico.

llos dos atormentados, lamidos en su interior por las llamaradas del odio (1), sin amarse, incapaces de amor, se sintieron unidos.

Rivera, al entrar en la capital de su país (2), lo primero que pensó fué prepararse contra Rozas. De ahí la celebración del tratado secreto de amistad con la provincia de Corrientes transformado al mes en pacto de alianza ofensiva, para «remover a Rozas del mando de la provincia de Buenos Aires y de toda influencia en los negocios políticos de la Confederación Argentina.» ¿Diremos que Rivera estaba en el pueblo del Durazno, a 40 leguas de la capital en noche de carnestolendas, bailando disfrazado de moro, cuando el cónsul Roger y el joven Lamas le llevaron el tratado para la firma? «Apenas se detuvo el tiempo necesario para suscribir su nombre, sin quitarse guantes ni careta, y en seguida continuó la danza». Así era: tomaba las cosas más graves con semblante risueño. Poco después (3), los orientales declaraban

---

(1) ¿Odiaría, en realidad, el irano o sería simple simulador y atizador de odios? Este pequeño problema psicológico no carece de interés, antes al contrario. Induce a creer en la simulación — indispensable si en rigor no odiaba — para explicar su «sistema», en primer lugar su carácter inclinado a bromas brutales, pero al fin indicio de pasiones de otro orden; en segundo lugar, su salud de bronce, impropia de existencia agitada por emociones depresivas; tercero, el haber tentado varias veces la paz, de hombre a hombre, con Lavalle, su mayor enemigo, su mayor odio público confesado.

(2) Noviembre de 1838.

(3) 10 de marzo de 1839.

la guerra al gigantesco dictador que se burlaba de los monarcas de Europa.

El momento no podía ser menos oportuno; el bloqueo, según se anunciaba, iba á cesar, el déspota a quedar con los brazos sueltos. Sus agentes en el viejo mundo, ya corrompiendo periódicos con dinero (1), ya acercándose a personalidades políticas y pintándoles el Plata como otro paraíso, apenas turbado por los «salvajes unitarios», consiguieran grandes ventajas, y en la presente y precisa ocasión, Guizot, jefe del gabinete francés, censuraba por nota a su encargado de negocios en estas regiones, la alianza de los marinos franceses con un « jefe de insurgentes » y le daba instrucciones encaminadas a la paz con el tirano. No era en rigor la censurada alianza lo que resolviera al ministro a nueva orientación, y a prescindir de los bandos de por acá, sino el miedo de chocar con Inglaterra, obsecuente con Rozas e interesada en el término del bloqueo.

Rivera estaba en acción y había incursionado a Entre Ríos, pero como Lavalle a quien pretendía atraer a sus filas se negara (2), recapacitó y hubo horas en las cuales la paz le fué preferida. La negativa de Lavalle significaba la de los unitarios,

(1) No solamente periódicos. Llegó el dinero disipado en esta campaña de propaganda, a corromper oradores y políticos europeos.

(2) En abril, Lavalle hasta la batalla del Palmar figuró en las filas de Rivera, al igual de otros jefes argentinos. Por esta fecha organizaba en Montevideo a sus correligionarios, con el designio de expedicionar por su cuenta contra Rozas.

y sin el concurso de éstos ni la amistad de Francia, loco hubiera sido el presidente sino meditara con frialdad. No era que dudase de lo inevitable de la lucha; tampoco la temía a su tiempo. Trataba de transferirla para no ser aplastado; sus gauchos a cualquier hora lo seguirían, aunque intentase la conquista del mundo. ¿Por qué sacrificarlos entonces, en los más dudosos instantes?

VIII

El gaucho era una viviente contradicción. Creía en la fatalidad pero no escaseaba en reflexiones como ésta: Fíate en Dios y no corras... Era alegre, dicharachero, niño en travesuras, con fuertes dosis de tristeza. Sus cantos, «tristes»; sus bailes, «cielitos», cuando no «gatos». Firme en la amistad, a punto de ser frecuente entre ellos morir por no abandonar al amigo o al jefe; firme en su opinión, a extremos de proclamarla vencido, yéndole la vida, por que:

«Lo que digo con la boca
Lo sostengo con el cuero»,

se le ve, no obstante, en ocasiones, por una levedad hacerse enemigo del amigo y por un porque sí mudar de bando y ser hoy aquello que ayer menospreciaba. Tipo maleable, lo que en él no variaba era la temeridad y el amor al suelo. De conocer filósofos, hubiérase reído de Sócrates y sentido deseos de apuñalar a Diógenes; en cambio, Platón lo pusiera pensativo; Epicuro, cuya tesis moral no era la del cerdo, no le enamorara, pero

sí Arístipo con su filosofía del momento fugitivo, su libre, su jovial espíritu, su aire de ilusión.

La vida, esta eternal catarata que desploma sus olas en la Nada; este gran río Niágara, cada una de cuyas gotas es una existencia individual, no tenía para él ni misterios ni problemas (1).

Pensándolo bien, el globo terráqueo es un colosal cementerio; la especie, una selva; las existencias individuales, sus hojas. Pero las hojas de esta selva nombradas gauchos, como gustaban corretear por los campos ebrias de sol y ensueños heroicos! El jefe de gauchos, para hacerse oir y llevarlos a la muerte, y lo que era peor, someterlos a la disciplina, debía darles el ejemplo de una existencia superior: ser un Hércules en cualquier sentido, tuviera o no semejanza con ellos. Nada más desemejante que sus dos primeros capitanes: Artigas, grave, sincero; Rivera, chacotón, falto de veracidad; Artigas, desde la primera hora hasta la muerte, invariable; Rivera, múltiple, inconstante, una sucesión de minutos pintorescamente variados. Casi toda su extrategia de montonero se fundaba en el engaño. Hallar un enemigo varias veces más poderoso, hacerse perseguir, fatigarlo, conducirlo por sitios pantanosos donde las caballerías se enterraban en el fango hasta los encuentros;

---

(1) Era, sin embargo, como todo hombre de rudos tiempos, muy supersticioso. Hasta las simples soñaciones determinaban o impedían la acción, porque a un sueño se daba, en el recinto breñoso de aquellos espíritus, cierta relación con la vida, y soñar con un caballo blanco o un toro negro, por ejemplo, no carecía de significado.

salir del pantano, hacerlo trotar, galopar, ir a media rienda por tucutucales, ésto es, terrenos poblados de montículos y cuevas de topos, donde el menor movimiento es difícil y si no se conocen las sendas es seguro que los equinos se quiebran las patas; y luego de haber galopado día y noche, deshecho, rehacerse en cualquier albardón, echarse a un lado de los perseguidores para salirles por la espalda, esto era de todos los instantes.

Maestro en emboscadas, súbitas desapariciones como si la tierra los hubiera tragado a él y a los suyos, el engaño de la vida lo trasladó al poder como se traslada el sentido de una palabra entre gauchos.

Gobierno y emboscadas, lo mismo. Verdad que vivía entre peligros enormes. Con émulos y enemigos encarnizados, su triunfo sobre ellos no podía sobrevenir sin serles superior en el bien o en el mal.

Al lado de esta alma y de esta escuela florecía también cierta especie de escuela estoica, una inconsciente filosofía austera, y una filosofía sólo es real si se vive. Los charrúas, fieras estoicas; Artigas, estoico: sus ideas tenaces acabaron en entelequias; hubiérase batido con el mundo antes de ceder; vencido fué al destierro y entró al Paraguay sin tener con qué comprar un pañuelo paraguayo, y allí vivió y sufrió, trabajando la tierra con sus viejas manos que antes con un gesto movían millares de jinetes, sin una queja contra los hombres. Acosábanlo los buitres de las necesidades, pero él, superior a los sufrimientos, creyente en la justicia de su fracasada misión, hubiera juzgado indignidad exhalar un lamento. Soportó odios y

hondo olvido, más fuerte que el odio, firme en la noción de no haber mutilado su ideal, de haber sido « un hombre », sin ocurrírsele escribir una línea, un conato de justificación para el futuro, bastándole su propio juicio sobre su idea. ¿ El juicio de los hombres ? Esto es nada a los ojos del estoico : el Universo mismo, una nube.

Era lo menos parecido a Rivera que vivió con el Brasil, o a Alvear y Soler convivientes de quien se presumía encarnación de algún dios venido a ordenar con degüellos la marcha del mundo.

IX

Al género de estoicismo indicado, común en el pueblo oriental, vino a unirse durante el éxodo argentino, el de un número grande de expatriados que trajeron sus lares a Montevideo. Aquí Paz, entre las espadas; aquí, los pensadores y poetas; aquí Echeverría, soñador de dogmas democráticos, hijo incomprendido de la Revolución Francesa; aquí el gran vocero Rivera Indarte; los Varela, Florencio, publicista de alto renombre, y el poeta Juan Cruz, cantor de la Epopeya aún húmeda; aquí Mármol, sirviéndose del trueno de la hipérbole para fulminar a Rozas; aquí Alsina, huído de su ciudad para no pagar con la cabeza, cofre de pensamientos, el atreverse de sus ideas; aquí Alberdi, casi niño, trazando al continente rumbos; aquí Agüero; aquí Sarmiento, en espíritu, pues aunque andaba en Chile, o en cualquier otra parte, llegaban a Montevideo los gritos de ese volcán de gritos, después Hércules de los doce trabajos, realizador de ensueños con sus propios puños; aquí, en fin, todo el estoicismo viril de una nación, viviendo en heroica miseria, antes que ver la luz del otro lado del río, dibujando a los idólatras de la Fiera.

No estaban solos los emigrados, sino en compañía de otros estoicos, el mayor de todos Melchor

Pacheco, hombrecillo de hirsutas y amarillas barbas, ingenioso Eneas de la Troya futura. Y junto a Pacheco, Joaquín Suárez, de reflejos de bronce, y Andrés Lamas, mucho más tarde desengañado, deformado por la vida. ¿Quiénes más? Cansara nombrarlos. Pudiérase decir un nuevo reino del estoicismo, pero con un carácter de que aparece despojada la teoría: la pasión. Rivera, para quien la vida era más o menos una broma, se reía de todos estos hombres niños, lamartinianos en literatura, probos, que solían exclamar: «sálvense los principios aunque la humanidad perezca», flores platónicas crecidas en las orillas del Plata. No los despreciaba, los prefería en todo caso a quienes manchaban de sangre una cuarta parte del continente. El había visto morir a los gauchos estoicos y hasta en los condenados a muerte por delitos comunes había hallado estoicismo; pero, para él, una semejante doctrina no llevaba a ninguna parte. Era partidario de la vida, con sus azares, y pudiendo evitar el riesgo consideraba tontería no evitarlo. En ese caso, ni los principios ni la verdad inmediatos le merecían un instante de indecisión. Saber de qué lado ponerse para no frustrar una empresa, he aquí la ciencia del hombre. Las sutilezas, la división de los medios en malos y buenos, ¿qué? Por fortuna no tenía mal corazón; pero su falta de principios era notoria. En la Academia de Platón habría dejado hablando solo al filósofo y trepado a un árbol del jardín para ver si en la playa se divisaba hombres jugando o alguna forma de mujer a lo largo de las olas.

X

El ministro de Hacienda estaba según se decía « bajo una monomanía pacífica », y en tanto el presidente andaba en campaña, él no quería tomar medidas contra el comercio de cabotaje que, bajo bandera oriental, traficando con Buenos Aires, volvía ineficaz el bloqueo, con las consiguientes reclamaciones del agente francés y consiguiente clamor de los unitarios.

Al reasumir la presidencia Rivera, campaban en la falda del Cerro los legionarios argentinos, expedición ridícula por su número, con la cual pensaba Lavalle desafiar al tirano ; y esto y el ser la ciudad favorable a los cruzados, venía a perturbar la tramitación de tentativas de arreglo, razón por la cual el jefe de Estado impartió órdenes al de policía para disolver aquel grupo. Pero Andrés Lamas, amigo de Lavalle y de los marinos franceses e hijo del funcionario a quien incumbía ejecutar la orden, buscó manera de eludirla, aunque fuese preciso oscurecer la fama de la Repúbli-

ca e hizo, en connivencia con el cónsul y marinos de Francia, se embarcasen los 160 cruzados en 4 guadañas, rumbo a Punta de Yeguas. En cuanto a Lavalle, salió de la ciudad muy honrado, de uniforme de campaña, espada al cinto y divisa blanca y azul en el sombrero, con el mote romántico « Libertad o muerte », en dirección al muelle donde lo esperaba una lancha de guerra de los bloqueadores. El joven Lamas, ostentando su cucarda oriental, le daba el brazo ; no se había limitado a comprometer al gobierno, sino que lo hacía con alarde, a la luz meridiana, calculando, según osó después decirlo, que ese paso arrastraría a su país a la guerra (1).

En la comitiva, salida del consulado francés, marchaban con sus grandes divisas los ayudantes del general, los agentes de Francia y público deseoso de soluciones violentas. De orden de Lamas, la falúa oficial los aguardaba ; subieron a ella y al pasar por entre las flotas francesa y oriental, las tripulaciones saludaron con hurras a Lavalle. Lamas, luego de bajar a tierra, renunciando sus cargos, dió cuenta de todo y asumió la total responsabilidad. Precisamente en esas horas, el jefe del Estado juzgaba poco menos que adquirida la paz, mediando en ello la oficiosidad de los

---

(1) De hecho la guerra había cesado. Para explicar la conducta de Lamas conviene saber que en el país, que es el país del pro y del contra, nunca actuó de modo constante el principio de autoridad. De ahí, tal vez, el pasar perpetuo de la tiranía a la demagogia y viceversa.

agentes ingleses; pero, en vez de pegarle cuatro tiros a su auditor de guerra, lo mandó enjuiciar y escalonó tropas a lo largo del río divisorio que evitaran el paso de tropas armadas a la orilla opuesta. Rozas no quiso creer en la neutralidad dudosa de los orientales y antes del año arrojaba sobre el país su hueste federal salpicada de tribus del Gran Chaco.

Lavalle habíase dirigido a Martín García, donde las naves bloqueadoras lo saludaron con salvas, y una vez allí, cambiando románticamente el nombre del peñasco — recuerdo de un cocinero de Solís — por « Isla de la Libertad », ciñóse a organizar su « Legión Libertadora ».

Lamas, reconquistada la cordialidad de Rivera, le escribía diciéndole que no se cruzarían sus planes. A esta promesa oficial contestaba el acrimonioso cruzado que el presidente estaba poseído de rabia frenética contra él. No era exacto. Rivera, si bien juzgaba sin pies ni cabeza aquella expedición, tenía ahora propósito de auxiliarla y entraba en su interés hacerlo. A nuevas misivas de Lamas, Lavalle, más caviloso cada vez, en su idioma marcial calificaba las de Rivera de « pasiones de lodo. » Terciando julio, hubo todavía reuniones pacificadoras con asistencia de los prohombres de la situación. En el sentir del ministro de Hacienda era « necesario y posible transigir con Rozas »; el hombre estaba apalabrado con el ministro inglés en Buenos Aires — el grotesco anciano Mendeville, de cuyos bolsillos se escapaban bases de arreglo — y todo lo esperaba, menos el

lógico fracaso de sus gestiones (1). Santiago Vázquez, varón de reposado juicio, no veía ni necesario ni decoroso ni posible transigir. Y habiendo opinado de igual modo los demás presentes, Rivera, sin hablar, sin decir «hasta luego», partió a campaña.

(1) La Caja orientaba el criterio de ese ministro de Hacienda, como el de tantos otros. Mendeville, portador de las proposiciones, no pudo hablar con Rozas, que solía tener haciendo antesalas, a veces un año, a quienes deseaban verlo. Habló, en cambio, con el secretario de Estado Arana y supo que Rozas se negaba a reconocer a Rivera como presidente del Uruguay.

XI

En agosto la guerra estaba encendida y el tesoro público tan exhausto — sin haberse hecho ningún extraordinario desembolso — que un día que hubo urgencia de 34 pesos para mandar un chasque a los campos, no se encontraron y el chasque no se pudo mandar (1). Ejército no existía, pues las fuerzas en pie de guerra, en medio del peligro, sumaban 600 soldados. Hoy parecerá novela, pero el presidente escribía a su esposa hallarse con 400 jinetes, todo su ejército.

El riesgo creció y entonces los gauchos volaron al lado de su general. La más guerrera situación era, como se ve, la menos militar.

De orden de Rozas, Echagüe, gobernador de

(1) En tiempos de Rivera la propiedad territorial se dividió mucho, como que el caudillo daba a cada uno de sus soldados, cuando le parecía, tierras o vacas, o ambas cosas, a falta del sueldo, pues la moneda escaseaba como en Esparta. Más tarde, la guerra y la caña concentraron en pocas manos todo el campo. A medida que el país aumentaba sus hábitos guerreros perdían sus hijos el amor al trabajo y bien podría decirse que por cada diez lanzas alzadas en el horizonte quedaba abandonado un arado en el surco.

Entre Ríos, invadió el país con tres divisiones: la suya, la de Urquiza, la de Lavalleja. No muy amigos venían estos generales y los soldados de un regimiento, próximos a Montiel, selva salvaje y refugio de bandidos, sublevándose arrojaron las armas y se dispersaron, siendo la suerte de unos — los habidos — fiera y sangrienta, la de algunos, perecer a garras de tigres, a que era forzoso disputar el bosque; la de otros, oscura al par de la de alimañas y yuyos. Debido a Lavalleja y sus 800 orientales, no se desbandaron todos. A Lavalleja mismo algo de sus fuerzas, los indios de Mandisoví y otros llamados impropiamente guaycurús (1), estuvieron a punto de dispersársele, logrando atraerlos a la disciplina con castigos y cascos de aguardiente.

Al declinar agosto ya no existía en Montevideo acuerdo con los agentes de Francia. Grave era la hora: la República invadida (2); la alianza nula,

---

(1) Por costumbre antigua se llamaba guaycurús a las «lenguas» y otros indios del Chaco. Los primeros vivían al Oeste del río Paraguay, «cerca de él, casi en frente de la Asunción», y en tiempos de Azara de la tribu sólo quedaban un varón y tres mujeres, debiéndose su exterminio, no tanto a sus contínuas guerras, como al haber «adoptado sus mujeres la barbaridad de abortar.» Los «lenguas, igualmente errantes, respetados, formidables, altivos, feroces, presuntuosos, vengativos, implacables y tan holgazanes que no hacían sino cazar y la guerra», lindaban con los guaycurús y por esto y la identidad de sus costumbres, aunque hablaban lenguas diferentes, siempre se les confundió por los europeos y por los descendientes de europeos.

(2) Los orientales y los indios invadieron por el Salto el 29 de julio de 1839, y dos días después los otros.

el tesoro exhausto, el ejército en nada, el poder en manos de un dipsómano y de un muchacho (1). Todo dependía de Rivera, de su acierto militar, de su prestigio entre los guerreros entregados a las tareas de la paz, y también de la primer batalla. Si Echagüe daba el primer golpe, el camino a Montevideo quedaba libre. ¿Podría Rivera aventar a los dos famosos generales de Entre Ríos y a su compadre el vencedor de Sarandí?

Para lograrlo andaba de ranchería en ranchería, convocando a sus manejadores de hierro, a sus centenares de ahijados y a sus mismas comadres, amazonas ásperas y trigueñas. Los «Guayaquíes de Rivera» y los «Guayaquíes de Medina», actores en esta defensa del país, ¿quiénes fueron? Chicos de doce años, jinetes en caballos auténticos.

En la capital, el sobresalto causado por la novedad de la invasión debió ser enorme. Lamas (2), constituído en dictador de hecho, tomó prontas medidas, como apelar al artículo 81 de la Constitución que la deroga, y pedir a Leblanc soldados de sus buques con qué resguardar la ciudad (3).

---

(1) Presidía la República, como vice, el señor Gabriel A. Pereyra. Sus secretarios de Estado eran, en lo militar, Rondeau, y en Relaciones Exteriores y Gobierno, el causante de la guerra.

(2) El joven ministro no carecía de esplendor literario. Más adelante se consagró a la diplomacia y tuvo alguna vez, cual el fabuloso Jano, dos rostros.

(3) Leblanc, desembarcó sus marinos, y sus compatriotas civiles tomaron, sin necesidad por el momento, las armas en favor de los poderes públicos.

Rivera en apuros tornó a creer que Lavalle podría ser su brazo derecho y volvió a invitarlo a la defensa del país, proponiéndole el ataque conjunto a Entre Ríos si salían bien de aquello. Lamas recibió encargo de transmitir esas propuestas y nada hizo, interesado como estaba en la inmediata invasión de los unitarios. Lavalle tampoco se prestaba a otra empresa. La suya, en capullo, lo seducía demasiado, y además, entre los dos generales las relaciones mermaban de día en día, a causa de la aspiración de Rivera a la conquista de algunos Estados argentinos (1). ¿Diremos que también en lo íntimo se menospreciaban, cual su-

(1) El proyecto persistió en Rivera varios años y fué causa principal de su rompimiento con Lavalle y más tarde con Paz. Su plan consistía en formar un gran Estado con su país, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y el Río Grande. En la guerra que se siguió contra Rozas, Paz, al renunciar el mando del ejército correntino, declaraba hacerlo porque «no encontraba garantizada la nacionalidad argentina». Cierto que ya no era Rivera el de los proyectos dolorosos al patriotismo de los hombres de armas del partido unitario, si no conspicuos miembros civiles de esta agrupación política, quienes, fracasado aquel plan, tuvieron veleidades de segregar a Entre Ríos y Corrientes. Consultado Paz, por Florencio Varela, sobre si aceptaba la formación de un nuevo Estado, el general contestó con una rotunda negativa. Igual respuesta a iguales interrogaciones dió al ministro oriental D. Santiago Vázquez y al señor Sinimbú, representante del Brasil en Montevideo.

Llegó Varela a redactar una *Memoria*, propiciando la formación del nuevo Estado, cuando Paz actuaba en Corrientes, y con la cual tratóse de ganar adhesiones locales, siendo asi mismo presentado por su autor a lord Aberdeen en Inglaterra. El lord se limitó a manifestar la neutralidad de su país.

cede casi siempre que se tratan dos hombres? Para Lavalle, Rivera no pasaba de redomado bribón, y para éste, aquél carecía de toda heroica calidad: jefe de «puebleros», iluso. Y él, acostumbrado a mandar gauchos que trepando sobre caballos cojudos entraban a los combates con facones contra cañones, sentía una especie de piedad por este hombre que todo lo hacía consistir en la palabra libertad y en cintas celestes (1). Lavalle, siempre dolido, contestando a Lamas y pidiéndole cañones e infantes, «si el presidente, le decía, se posesiona de la elevación de su posición y del verdadero interés de los pueblos, conocerá la importancia de restablecer nuestra amistad de buena fe. Yo daré el primer paso. Sobre todo, se persuadirá de que toda ambición de territorio fuera de los límites del Estado Oriental podría derramar más sangre que la caída de Rozas, en caso de que esa oposición a los Estados Argentinos encontrase un pretexto loable para disfrazarse, porque de lo contrario, ese proyecto no se haría conocer sino para hacer reir». Deseaba, con altura de ánimo, que Rivera se encaminara «al bien». «Que lo haga y que venga a satisfacerse en mi persona. Recibiré humildemente veinte bofetadas».

Lavalle pensó en un principio invadir el Sud de Buenos Aires. Allá, aún siendo grande la vi-

(1) De Montevideo salieron recursos para la expedición, en ausencia del presidente, y hasta se dió una función a beneficio de los cruzados, en la que cantaron niñas y matronas. Los doctores Lamas, Florencio Varela y Manuel Herrera hicieron de cobradores en la puerta del teatro.

gilancia, no escaseaban estancieros acaudalados enemigos de Rozas. Las señales estaban convenidas: dos hogueras al pie de la sierra del Volcán, a 100 leguas de la metrópoli. Todo era agitación en aquellos campos. El general podía contar con las grandes naves francesas para que lo llevasen.

Allá era dónde temía el déspota y bajo «pena de muerte» mandaba retirar los caballos «a 20 leguas de la costa». «El Cabo Corrientes, con todo, estaba completamente desamparado». Cierto que la reventazón o grueso oleaje es allí peligrosa; pero allí o en cualquier parte de aquellos contornos, desembarcar no era arriesgado. De pronto el general mudó de idea y pensó en Entre Ríos, abandonado por Echagüe, disponiéndose a operar fuera de todo socorro, entre unas gentes que jamás habían mostrado solidaridad con el bando unitario, genuinamente bonaerense; dónde él no pesaba más que una nubecita en el aire, sin que fueran fuerza a disuadirle las voces unánimes de sus amigos, para quienes aquello sería meterse en uu atolladero y verse, a vuelta de cortas semanas ceñido por las montoneras, paralizado.

Los agentes franceses se desesperaban, al igual de los demás, mientras el caudillo oía con «terrible incomodidad» el buen consejo y escuchaba con atento candor las ofertas de hombres y recursos entrerrianos, formulados por disfrazados agentes de Rozas, porque, al decir de Alsina, Rozas hacía lo posible para que la tormenta descargara en otra parte que en el Sud. ¿El pez picaría? Picó... y subiendo a los suyos en 3 buques facilitados por el gobierno oriental y 4 de Francia, remontó el río

cuando todos los árboles rebrotan y tiende su manto imperial la Primavera. Ya está sobre Entre Ríos, declarando inútilmente que si es necesario gritar a la faz de la Nación ¡ Viva el gobierno representativo federal ! él lo hará, olvidando antiguas opiniones.

Pero ni esta renuncia al viejo furor unitario es parte a aumentar la expedición, que irá de infortunio en infortunio. Oribe los perseguirá y con Oribe, Maza y demás caudillos federales. La « Liga del Norte » será deshecha y Lavalle mismo morirá oscuramente y sus huesos descarnados y escoltados por sus últimos fieles, cruzarán los nevados camino de Bolivia, perseguidos de cerca por Manuel Oribe, que se ha propuesto apoderarse del cadáver y clavar su cabeza en lanza o pica, en lugar bien visible (1).

---

(1) Lavalle, en pos de romper con Rivera, siguió su destino. Al boquear agosto, lo vemos en Merlo, a 9 leguas de Buenos Aires, esperando ayuda de Francia, ayuda ¡ ay ! imposible, pues por ese tiempo llega a Montevideo el vicealmirante Dupotet con instrucciones para M. Martigny, no ya inflamadas en ardores guerreros. Entonces se retira al Norte, mientras a bordo del *Acteon*, navío de S. M. B., tratan Dupotet y el ministro de Relaciones de Rozas. Paz es la consigna y sobre las bases allí acordadas no tarda en firmarse un convenio preliminar, por el barón Mackau, en nombre de Francia, y el señor Arana, en el de la Confederación. En tal oportunidad Rozas invita al jefe, militar de los unitarios a poner término a la guerra. Van a su campo, M. Halley por los franceses, y el general Mansilla, por el dictador. Halley no oye sino acusaciones de deslealtad, y al otro no quiere recibirlo, haciéndole saber su negativa a cualquier arreglo por medio de un corneta.

Poco después, deshechó en la batalla del Quebracho He-

rrado, huye Lavalle seguido de corto número de tropas, dejando en el campo su artillería e infantes.

Mandaba a los infantes el coronel Pedro José Díaz que a la orden de retirada de su general respondió, formando cuadro: «El coronel Díaz muere donde mueren sus soldados». Y no se rindió sino cuando hubo arrancado al enemigo garantía de la vida para sus tropas.

XII

El poder de Rozas podía jactarse de no tener igual en América. Popular, rico y sostenido por la enorme mayoría inculta, contaba también con el prestigio de una serie de triunfos.

La fortuna prostituída acompañaba sus banderas. Bolivia y el Perú, en guerra con este poder, habían caído vencidas en la batalla de Yungay; los unitarios, en sus alzamientos y conspiraciones, donde quiera deploraban derrotas: la conjuración de los Maza, abortada; la sublevación del Sud, ahogada en sangre; vencido en Cayastá y fusilado el gobernador Cullen de Santa Fe; vencido y muerto en los campos de Pago Largo, el amigo, el aliado de los orientales, el gobernador correntino Berón de Astrada, de cuya piel jefes rocistas hicieron maneas. Demás de esto, contaba Rozas la amistad del Brasil, Inglaterra y Estados Unidos, y esperaba por horas ver cesar el bloqueo. La sola influencia capaz de contrarrestar su poderío, descontando la invasión Lavalle, caída en tierra ingrata, era la del Estado Oriental y Rozas disponía de varios de sus generales (1). ¿Qué hace Rivera

(1) Los dos Oribe, Eugenio Garzón, Lavalleja y Servando Gómez.

que al ser invadida la República, montó a caballo y desapareció de la capital? ¿Dónde anda que en 15 días nadie sabe de él? En dos semanas junta 2000 guerreros. De éstos, echa 500 a contener al enemigo en los pasos de los ríos y con el resto emprende retirada al Sud. Entre los 500 figura el poeta Fausto Aguilar, que algún día, llevando a sus jinetes al ataque de triple número, ha de gritarles en invernal mañana: ¡Muchachos! Quitarse los ponchos que en el otro mundo no hace frío!

XIII

Los de la invasión son 9000. 7000 vienen del Oeste y el resto reclutánlos, durante la marcha, en los campos orientales.

En el ejército de Rivera hay un jefe propenso a vaticinar el triunfo a los contrarios, receloso, en vela mientras otros duermen. Han visto bastantes ojos a este noctámbulo divagar de aquí para allá, y hasta creen haberlo sorprendido entendiéndose con los invasores. Una tarde penetran los guerreros en la tienda del presidente y le piden haga pegar cuatro tiros al « espía ».

¿ Cómo; a Andrés Latorre, cuatro tiros ? Al bravo de la guerra con Portugal ?

— Ese hombre me hace falta, responde el presidente, y en efecto lo envía al campo enemigo con una nota enderezada a Lavalleja, invitándolo a abandonar el rocismo. « Una miseria somos los hombres . . . » Así es el comienzo de la carta. ¿ De dónde tal amargura, Fructuoso ?

Lejos Latorre, en brioso corcel, pero aun a la vista de los suyos, el presidente, volviendo el rostro á sus coroneles y generales — « Este paso, les dice, de cualquier manera es un bien : o se trae a Lavalleja o se queda con Lavalleja. En este últi-

mo supuesto, nos habremos librado de un espía sin derramamiento de sangre».

La retirada sigue entre combates. Ya repasado el Yi, mientras el presidente observa el movimiento de una columna enemiga ve en la delantera dos jinetes y murmurando — «Son ellos; seguro estaba de verlos aparecer juntos», pasa el anteojo de campaña a sus jefes para que miren. Son ellos: Latorre y Lavalleja.

Los ejércitos se acercan al Santa Lucía, río por medio, y allí acampan. Ya está Rivera próximo a la ciudad y puede esperar refuerzos y recursos en tanto entretiene al invasor.

Se pelea a todas horas, en las picadas y en los pasos, a la luz del sol y a la de la luna. Alguna vez el enemigo penetra por sorpresa en el campo del presidente, y otras, el general Anacleto Medina se desquita y lancea a los contrarios hasta junto a las carpas de sus generales. El prolongado estacionamiento de las tropas nada favorece a Echagüe cuyos soldados, en la última miseria, cubriendo su desnudez con cueros, desertan en grupos. En el servicio de avanzadas, los soldados del presidente movidos a compasión, más de una vez regalan yerba, tabaco y pedazos de carne a sus contrarios. La pobre tropa, como véis, no es enemiga. Por otra parte, el soldado oriental ¿no canta a la luz de los fogones, en estos días de 1839:

«Para valientes España
Que es tierra noble y leal;
Para corazones buenos
La República Oriental»?

XIV

Los de Echagüe pronto quedan reducidos a 7500. Rivera sólo cuenta 3000, pero ya sus caudillos sueltos han batido en todo el territorio a las partidas que iban buscando aquí hombres, reses allá, más allá tomar algún pueblo. Y ahora entre los 3000 figuran corazones heroicos. ¿Quién resistirá la lanza de Medina, que entra bufante en la pelea y retorna con la vista inyectada en sangre, como perro rabioso, y en sangre tintas manos y botas? ¿Quién a la del famoso pardo José María Luna cuando, con su división, sabe que es hombre y que va al encuentro de hombres? ¿O a ese otro jefe, Venancio Flores, si descarga su tormenta de lanzas?

¿Y a Angel Núñez, capaz de voltear un toro con sus manos? ¿O a Marcelino Sosa, ese Cid Campeador? Allí está la flor de los valientes, el orgullo de la jinetería: lanzas en forma de corazón, de triángulo, de media luna, de espiga, de flor; lanzas de un pie y de un jeme. Sus grandes manejadores, generales, coroneles y capitanes, poseen entereza para manejar pueblos. De cada uno puede salir un dictador Flores y de soldados rasos generales, como los Caraballos. Están tam-

bién allí las agrestes amazonas, las « chinas », desgreñadas furias en la pelea, con sus chuzos y lanzas. Han, así mismo, hace rato, venido infantes y cañones. « Cabo viejo » — tal es nombrado cariñosamente por sus gauchos Rivera — más confiado que nunca, ríe y bromea. ¿ Qué harás ahora Cabo Viejo ? Cabo Viejo levanta su campo. « Cháchara » — mote de Echagüe — lo imita y se planta al Oriente del arroyo Cagancha. Rivera ha elegido terreno colinoso ; hondas zanjas y cañadones profundos son sus antemurales. Seis días se acechan aquellas dos masas de batalla. En plateada noche, en que la luna hace en el sutil aire de diciembre

« Vagar las melancolías
Como visiones de nácar, »

viene Garzón a tirotear la línea de los orientales a quienes ha ordenado su caudillo no contestar el fuego, y al amanecer del sexto día tiende Echagüe sus fuerzas (1). El presidente que ha también formado las suyas, cuando ve que se retira su rival manda desensillar con ciega confianza y permite a sus mejores regimientos ir a las aguadas distantes, a dar de beber a los caballos. Este es el momento que el enemigo, sabedor por dos espías entrados como desertores a los reales del presidente y fugados a toda carrera, aprovecha para contramarchar. Inevitable el choque a las 10 de la mañana.

---

(1) 29 de diciembre de 1839.

Luna y Núñez en las aguadas; los caballos sueltos en el campamento (1). Gracias a Medina, las primeras cargas que Urquiza trae se frustran; gracias a los cañones, los ausentes no tardan.

Los «lenguas» en visión dantesca, galopan y van de un galope lanceando hasta la misma carpa del presidente, quien, impasible, ordena una descarga cerrada contra aquella carne cobriza que huye, visión bronceada, como al despertar las figuras de un sueño. Catorce cargas lleva Servando Gómez y catorce veces es doblado. ¿Quién es aquél de recia estampa que se mueve por todo el campo y siembra terror y muerte? El decide la acción y apenas concluída, a las tres de la tarde, forma sus jinetes frente a las demás tropas «de un modo aparatoso, y adelantándose unos pasos sobre el caballo de robusta alzada, erguido con suprema arrogancia, llenas de sangre manos y ropas, tendiendo hacia sus soldados la diestra enrojecida» (2), vocea para que lo oiga el ejército:

—«Con estos cuatro indios hemos estado en todas partes y en todas hemos triunfado!» La respuesta es un ¡Viva el general Núñez! viva que se va repitiendo por todo el campo. «Siendo así proclamado el ascenso sobre el campo de batalla, Núñez envanecido —¿Díganme; responde, dónde está el general Aguiar? Quiero recordarle lo

(1) ¿No sería estratagema de Rivera, arriesgada hasta la temeridad, mandar sus caballos a las aguadas para mejor atraer a su adversario?

(2) Anacleto Dufort y Alvárez: «Batalla de Cagancha».

del Cangüé» (1). Aguiar no está allí, ni Rivera. Salieron del campo, persiguiendo fugitivos y Angel Núñez lo ignora.

En la batalla, Lavalleja en vez de flanquear a los orientales como se le ordenara, habíase ido de galope a la retaguardia de los mismos, a las carretas en que penaban un centenar de heridos.

¿Qué hiciste de ellos, Lavalleja, o por lo menos tus soldados? El testimonio de los actores contesta: Fueron pasados a cuchillo.

La orden de Rivera, no bien en fuga el enemigo, es: «No matar». El mismo, sin lanza — toda su arma en la batalla era el látigo — galopa 8 leguas, hasta el Paso del Rey, seguido de 40 jinetes. La noche que desciende oblígalo al regreso, y en el regreso, ve, en el largo crepúsculo estival, una columna de 400 fugitivos.

— «Vaya allá comandante, ordena, y dígales a aquellos hombres que soy el general en jefe. Que si quieren entregarse les garanto la vida y la vuelta a su país». El comandante parte con dos soldados, ataja a los dispersos y los dispersos se rinden. Una vez rendidos, marchan en libertad; el general al frente; sólo al estar cerca de los suyos les pide se quiten las divisas.

Las chinas no fueron tan clementes. Hasta el río Negro, hondo y selvoso, corrieron detrás de los vencidos y a los que en sus manos cayeron, no

---

(1) «Parece que en tal paraje ambos jefes cambiaron palabras agrias sobre cuestiones de valor personal y Núñez eligió tal momento para ponerle punto con tan sublime bravata.» *Dufort y Alvárez.*

siendo jefes, los colgaron de los árboles. En siete días, todo el país estuvo limpio. Unos invasores huyeron por el Norte; otros, por el Oeste. Urquiza que no sabía nadar, cruzó el Uruguay en una pelota hecha con el cuero de un toro, y siendo pesado y llevando armas, en un tris estuvo de ahogarse. En desquite de la derrota, el gobernador de Santa Fe, alias « Mascarilla », gaucho animal que se mantenía con un cuerpo de observación en el límite de Entre Ríos, antes de empreder retirada ordena a M. Oribe — que se hallaba pronto con 500 jinetes a cruzar el Uruguay y hacerse cargo de la presidencia oriental en cuanto Echagüe ganara la batalla — incendie a Belén, pueblecillo del extremo Norte, y pase a cuchillo a cuantos en él halle. Oribe cruza el río de noche y llamas y facones dan cuenta de los ranchos y de sus moradores (1).

La victoria de Cagancha paralizó a Rozas. Tres años pasaron antes de que mandase nuevos ejércitos a esta guerra. Por su parte, los orientales cantaron en tono de broma la fuga de Echagüe. Miles de trovas se cantaron, todas de aire zumbón, juguetonas, alegres, que así celebraban sus triunfos aquellos hijos « del Oriente », sin atribuirse heroísmos, sin imputar al propio esfuerzo, sino a flaqueza de sus contrarios, sus prósperos sucesos.

---

(1) 17 de enero de 1840.

GUERRA DE LA CISPLATINA

ALBOR

La guerra de los orientales contra los portugueses ardió cuatro años sin cesar. Especie de tormenta de fuego, dejó, en muchos lugares, la tierra convertida en desierto, aumentando cardales y aves de presa en la medida que mermaban familias, cultivadores y rebaños.

La invasión contaba en América con un centro de recursos inagotables; los invadidos, su talado país. Al Norte y al Este los oprimía el Brasil; al Sur, el río sin ribera, y si bien podían disponer del brazo de los gauchos del Oeste, era sólo para seguir peleando al Directorio, con el cual, alternativamente, disputaron y batallaron siete años.

Tropas de Pernambuco, negros del Africa, jinetes del Río Grande, luchaban al lado de los «portugueses de Europa». Al cabo pudo Portugal adueñarse de una estrecha faja de costas que el subsiguiente dominio dilataría hasta algunas aldeas mediterráneas (1)

---

(1) Portugal no necesitaba «materialmente» la tierra de los orientales. La necesitaba en teoría o en deseo, necesidad tal vez más enérgica que las necesidades reales. Era un ensueño geográfico-geométrico: ante todo, hacer reposar su enorme colonia en la base del Plata, como si se tratase de asentar un sólido sobre una superficie pulimentada. Matizaba a este ensueño algún fantasear mercantil y lo teñía de brillante color viejo anhelo de gloria, porque esta gente lusitana, altanera y presuntuosa, se mueve principalmente a impulso de la fantasía y ganar o perder las Indias no la exalta ni deprime si no por lo que tales empresas encierran de heroico o de no heroico.

La propiedad rural de los hijos del país, ausentes o caídos en la guerra, pasó a manos de súbditos de la magestad lusitana, fijándose de entonces un tropel de individuos del Río Grande, a este lado de las fronteras (1), hecho muy natural si se consideran los antecedentes de adquisición de la propiedad privada. Sesenta años atrás, el Cabildo de Montevideo donara predios campestres desproporcionados a los errabundos guaraníes que bajaban de las Misiones después de la gruerra (2).

En tiempos de España, el suelo, casi todo fiscal, era un no valor. Más que él, se ambicionaban los pastos «comunes», viéndose a los pastores conducir sus ganados de unos puntos a otros, sin el más remoto pensamiento de que los campos por ellos hollados pudieran alguna vez ser de alguien. Al producirse la rebelión de los nativos, donaba Artigas

---

(1) Se ha exagerado la influencia del Brasil, al lado de acá de sus fronteras, argumentándose que por esa parte el idioma del país ha sido casi enteramente suplantado por el portugués. Lo mismo pueden argüir los brasileños en cuanto a lo que en sus lindes ocurre, siendo lo positivo que en esa larga línea divisoria una y otra lengua son comunes a ambos países. Circulan los vocablos como las monedas, y si nadie rechaza en Santa Ana moneda oriental, nadie en San Eugenio rechaza oro o plata con el cuño del Brasil. Todo el mundo entiende, a uno y otro lado, el habla vecina como la propia. Hay, pues, dos idiomas, en vez de uno; ambos más o menos impuros, fenómeno que se repite en toda frontera imaginaria y con poblaciones antiguas.

(2) «La tierra valía, desde mediados del siglo XVIII, de 3 a 20 pesos la legua cuadrada; pero el que quisiera comprar debía invertir 400 pesos en costas de escribano y esperar 8 años que duraban las tramitaciones para la adquisición en forma». (Azara).

a sus secuaces, tierras menos extensas que numerosas, sin límites fijos, a no ser cañadas y albardones. Lograda la independencia y afianzado el derecho de propiedad, Rivera siguió iguales procedimientos, pero sin tocar los campos cedidos por Lecor a los favoritos de los favoritos del rey, cuando ellos podían alegar haberlos poblado, bien que con haciendas arrebatadas a la región a medida que las victorias portuguesas la iban despejando y sometiendo.

***

Los generales de Lecor, Chagas, Abreu, Barreto, Alvarez, Silveyra, penetraron por diversos puntos en el país sin defensas naturales ni artificiales y el mar oriental se llenó de buques mandados por el conde de Viana. Del Chuy a las Misiones todo era guerra, luchándose simultáneamente desde Malbajar al Aguapey, 50 leguas arriba del Cuaréim. A 20 de éste empezaban las antiguas reducciones, yendo a morir en la línea de Capricornio, en el luminoso trópico.

Comarcas hostiles al portugués, donde pudo, por eso, reñir sus escaramuzas titánicas Andresito, sitiar a San Borja, aplastar una vez a Chagas, defenderse en San Carlos y, volado el polvorín que en la iglesia guardaba, abrirse paso espada en mano y llegar de un galope a San Nicolás y rendirla. En San Nicolás tuvieron fin sus proezas entregándolo prisionero su intrepidez. De los combates va encadenado a Río. ¿Que podía ocurrirle al joven mestizo, al luchador de los tacuarales, enamorado del

juego de luz de los pañuelos de la India y del Sol en las lanzas, sino morirse de nostalgia y de orgullo? Deshechos sus tenientes, siguió peleando el Protector hasta desaparecer de la escena, aventado en lid fratricida por un general de su escuela quien, a consecuencia de haber privado la sublevación de Arequito al Directorio de tropas veteranas, acababa de imponer la paz federal a Buenos Aires.

***

La ocupación portuguesa pesaba como un sueño de atraso. Los ríos desiertos; el comercio a inferior nivel que en tiempos de Artigas; el hijo del país emigrado en el Oeste amigo, y el que no, urdiendo conspiraciones, por manera que al declararse el Brasil independiente, el Cabildo montevideano, repudiando ser herencia del nuevo imperio, se declaró por la anexión a los argentinos.

En Buenos Aires el diputado Dorrego, vuelto del ostracismo, palanquea sin éxito la causa oriental y al irse al Perú por negocios particulares, no deja de interesar en ella a los libertadores colombianos. Entre tanto, invade Lavalleja y levanta dos millares de lanzas, gracias a pasarse Rivera del servicio del imperio a los suyos. En pocas semanas la campaña fué nuestra y los dominadores arrojados sobre las costas.

El superhombre

Fué Rivera hombre de extraordinarios eclipses. Años estuvo en la Historia a modo de turbia nebulosa. Calificado unas veces «héroe», otras «ladrón y

trapacero». En dos ocasiones presidente, hizo gobierno tolerable rodeado de revoluciones y enemigos externos. En la guerra contra el portugués, escúrrense los orientales por la parda serranía; disputan palmo a palmo la tierra diez veces sobre el mismo palmo. El caudillo-rey huye. Los caudillos menores unos han perecido: otros, cayeron prisioneros. El último, Fructuoso, inalcansable como las nubes, como las nubes hiere. Sometido por la imposibilidad, manda el único regimiento nacional que alienta en el país conquistado: gauchos que han guerreado hasta aquí y y guerrearán de nuevo. En Canelones, feudo oriental, cantan sus versos orientales los orientales:

«Mañanita clara
¿Cuándo llegarás?»

Por todo el país anda Fructuoso con un cura a la zaga. Diríasele convertido a la santurronería de Lavalleja. Mas no es eso. Se hace compadre del gauchaje. Sabe que arraigado este vínculo, estrecho entonces como vínculo de estirpe — a punto de no poderse casar compadre y comadre—su personalidad irá creciendo. Pre-visión. Al despertar el país, él es el primero de los orientales, deudo de casi toda la población campesina (1). Muchos de

(1) Escaseaban las capillas en el país y en los años de guerra porque había pasado, algunas quedaron en ruinas. Las gentes de campo casi no se casaban, hecho normal si se considera que aun hoy, en campaña, los hijos ilegítimos exceden a los legítimos en algunos departamentos. Valiéndose de su especie de corretaje religioso, Rivera contribuyó poderosamente a imponer las prácticas del catolicismo a los paganos del interior.

sus ahijados son mozos cuando el país despierta. Por lo demás, bastan 12 años para ir a la guerra.

En el Brasil pone miras durante su «sometimiento». Mantiene con los caudillos del Este, no sé qué tratos de sublevación contra el imperio. Abreu, los Bentos, Barreto y el propio José Feliciano, presidente del Rio Grande, son sus amigos, sus compadres, y a todos les escribirá, en 1825, de amigo a amigo, procurando atraerlos al credo separatista y republicano.

Es de los que saben pelear si la pelea no conduce al suicidio y de los que saben urdir en la debilidad. Su fuerza tiene de Maquiavelo y de Aquiles. Riñe batallas dudosas y las pierde, vale decir que el riesgo no paraliza su brazo. Pero siendo las probabilidades mil contra una, no juega la una. El ha visto crecer los árboles y no ignora que el germen de una probabilidad encierra el exito de una empresa, dando su parte al tiempo. Lo limitado de la vida, la «imperiosidad» de la acción, lo resuelven casi siempre contra su gusto. Si se pudiera contar con indefinido tiempo, en vez del definido tiempo vital, jamás hombres de esta estructura conocerían la derrota. Renovada la guerra, se le ve en los cuatro puntos cardinales. Vencido en el Águila, pega su zarpazo leguas allá. A Sarandí no falta. Poco le da mandar un ala o un ejército. La envidia de Lavalleja no le escuece. Lavalleja posee el empuje de Lamadrid, la misma locura del brazo. Como carece de ingenio, teme a su ingenioso rival.

Proverbial la humanidad de Fructuoso. En la tarde clásica de Cagancha, bandas de chinas que han luchado en el campo, vuelan tras los fugitivos

y cuelgan a más de cuatro de los árboles del río Negro. El general, más humano que estas broncíneas hembras, rinde con buenos modales, casi solo, a centenares de veteranos que se retiran hechos, prontos a morir si se les hostiga. Era de su época este hombre y conductor de su época, que existe siempre, en días heroicos y no heroicos, un tipo nuclear en torno de quien giran hombres. Y esto se ve aun en la inconsciente banda de niños. No falta un jefe. El gesto del dominador es nato. Muchos anhelan este imperio de almas. Pocos lo alcanzan. Fallan, quien por indeciso, quien por callado, quien por exceso. Por falta de adaptación todos. Unos mandan por sólo el talento: mando de Tierra, no de sol, sobre algún pálido satélite. Lívidas lunas infecundas gravitan en tales pedazos de cielo. La acción pide garra.

El talento, por razones infinitas, una la infinidad de las inteligencias plebeyas, si no va ceñido a la fuerza carece de aplicación en el gobierno de este mundo.

Pero si el talento no manda, el carácter impera. Cierto fuego interior e interior seguridad, comunica a los grandes caracteres ineludible fascinación y como majestuosa alcurnia. Sus palabras, no hijas del aire, se objetivan.

Debe no vacilar el carácter; emplear su condición primera: la afirmación, sello de cosa demostrada a cuanto dice. Ver con certero golpe de vista y aventajarse a la indecisión o duda discursiva de los demás. Afirmación es fe. Fe, gobierno de almas. Aún la negativa, que la hay en el *no ser* del ateísta. La fe sin posible reinado, la del solitario

cuya pasión se resuelve en ideas. Nunca éstas dominaron. Pensar es transformar una fuerzas en otras. Si toda sensación pasara varias veces por el tamiz de nuestro cerebro nos asemejaríamos a fuentes inmóviles.

Llegan a dominarnos los nucleares porque nos sorprenden de tanto en tanto con alguna directa interpretación de la vida. A menudo por su comprensión del estado de conciencia de un pueblo y por el «agarrar» el instante fértil en la infinidad de los instantes estériles.

Así el envión de Lavalleja. Adquiere el señor Lavalleja, a partir de ese minuto, «reyecía» de espíritu sobre los débiles incrédulos y sobre los atrevidos que no vieron el instante del atrevimiento.

AL EMPEZAR LA TORMENTA

La invasión de la Cisplatina inició la serie de zarpazos que los brasileños denominaron, no sin color, *A guerra dos patrias*.

Largos desiertos separaban a unas villas de otras y pasados el fulgor de estío y los dorados ocasos otoñales, los movimeientos de cualquier ejército se paralizaban en aquella tierra sin caminos, surcada de ríos desbordantes con las primeras lluvias. De otra parte, el hijo del tórrido Brasil soportaba mal el invierno a tantos grados de la línea y no

procediendo de las comarcas fronterizas. era incapaz de parar rodeo en pleno campo. En cambio, el hijo del país, en escarchados amaneceres, soplábase las manos, agarraba el lazo de cuero y enlazaba un toro por las astas. A aquél apagábasele el fuego y ni aun hallaba leña con que alimentarlo; éste, quemaba ramas verdes, llorando savia, a la luz del rayo.

Conocida la revuelta en el Río Grande, país belicoso y de jinetes, José Santos Abreu, gobernador de San Pablo, barón del Cerro Largo, caudillo de bandas guaraníes en la pasada lucha contra «el Oriente», héroe alocado por visiones heroicas, protogaucho con un gallo delante de su tienda para que le adivinase «o futuro», fué destacado sobre el Paso del Rosario, confiándosele la dirección de la guerra. De allí avanzó al Sud al frente de mil lanzas.

Entre tanto el viejo procónsul Lecor desterraba patriotas, y de Buenos Aires partía, en noche de mayo, negra escuadrilla de lanchones. ¿Quién los tripula y qué intentan los negros barquichuelos? Particulares los tripulan y en cuanto a sus intentos baste observar cuán numerosas son a bordo las hachas de abordaje y cómo enfilan proas a la Colonia en cuya bahía cabecean los tres palos de una corbeta del imperio.

En vista de no tener en el puño arriba de dos mil soldados pide refuerzos el procónsul, dando ocasión a que Pedro I convoque a sus generales resolviendo tal congreso de las espadas se administre a la Cisplatina al igual de las otras provincias del Brasil — un laxante a un hidrófobo — y dividir ino-

portunamente el poder de Lecor (1). El ejército del Sud, el año anterior fuerte de 18.000 hombres a lo largo de las fronteras, se deja reducido a la mitad (2).

Dijérase que el emperador no posee la visión clara de los hechos, que su razón ha perdido el equilibrio si acaso alguna vez lo tuvo. Su médico, Casanova, ve en él un loco de remate y si le fueran a decir «que elle anda atirar pedradas pelas ruas» la cosa no le sorprendiera. Es versátil, ilógico, este soberano que a los 36 años ha de bajar al misterioso Orco, llevando en las sienes la huella de dos diademas.

Rumores maratónicos

Fructuoso Rivera anda a balazos en los montes del Bequeló, dificultando el avance de Abreu. Guerrilla tras guerrilla en los alcores que tientan

---

(1) Tiempos atrás, el primer ministro, José Bonifacio, había intentado en vano, conceder libertades al pueblo oriental y arrancar del gobierno vitalicio a Lecor, a quien reputaba « rapaz y despótico ». No merecía tal juicio el eminente general portugués. El estimaba a los americanos y lo demostrara, desobedeciendo a las Cortes de Lisboa, cuando le fué ordenado, con motivo de la proclamación de la independencia brasileña, marchar sobre Río de Janeiro con la guarnición montevideana.

En el ocaso de su dictadura procuró atraerse a los orientales, casando a su oficialidad con niñas de la comarca y él mismo dió el ejemplo desposándose, a pesar de sus 60 años, con una joven de 18. El ensayo le salió mal, pues aparte de la antipatía con que en el país se miraban tales uniones, el emperador le retiró su confianza.

(2) Alcides Cruz.

al verso y a la guerra, hasta que, por septiembre, Bentos Ribeiro le pega el zarpazo del Águila, con lo cual dispérsase por algunos días el gauchaje y el señor Lavalleja, sitiador de la Colonia, retírase del arenal a los montes.

El primer combate sonoro gánalo Rivera. Ha emboscado 250 manejadores de hierro y va a atreverse a los 700 de Gomes. Habiendo corazón, vale el hombre por cuatro.

Al tenerlos a tiro los carga y despedaza, saliendo de unos pantanos a todos intransitables, excepto a sus corceles, que no en vano nombra «mis aguilitas».

Bentos Manuel huye hacia las murallas de Montevideo al saber lo del Rincón. Abreu ciérrase como una ostra en Mercedes. El pequeño triunfo resuena de cuchilla en cuchilla con clamor maratónico.

Lavalleja háse plantado en la Horqueta del Sarandí y se ha ceñido la faja. Andan con él 2000 gauchos, quizás 2200.

En tal situación ve acercarse a los dos Bentos, especialistas en combates ecuestres. 1400 lanzas suma Ribeiro; 600 Gonçálvez (1).

Al medir con la mirada a la gente oriental, varios jefes rivales creen ventajoso pasar de largo y a buen trote. No así Ribeiro, seguro de ser invencible y henchido aun del recuerdo de su victorita del Águila. El desea «solemnizar el 12 de octubre, onomástico del emperador, con salvas y vivas a S. M.» (2) y ordena el ataque. Parten sus jinetes,

(1) Parte oficial de Lavalleja.
(2) Parte oficial de Ribeiro.

clarineando «a degüello». La tigrada oriental. parte también, «en un vuelo de espadas». Desde la reserva les ha gritado don Juan Antonio su broncínea orden; desde la reserva, por mucho que la imaginación se resista a no verlo a la cabeza de los sableadores. Ya irá; ya va; ya se ha metido en el entrevero al ver flaquear el centro, donde manda el pequeño pálido Oribe (1).

En los ardientes ojos de los mozos pastores tradúcese el arrasador fuego interno, acaso no distinto del que arrastra a una manada de bisontes a acometer a cuerno y pecho por la posesión de una pradera.

En minutos dispérsanse los imperiales, menos Alencastre que intentó parar la derrota y ahora se aleja con 400 de tropa y una nubecilla de oficiales. Tres horas, en agresiva retirada, se sostiene Alencastre, hasta que algunos jefes, echándose al camino, lo rinden con buenas palabras.

¿Y los Bentos? Corren el campo sudorosos con Rivera a la espalda, en simultáneo trueno de cascos, no parando Ribeiro hasta las calles de Livramento ni su tocayo hasta el Cerrito del Yaguarón.

Total: dos tercios de los imperiales muertos o rendidos, Buenos Aires de fiesta y por la extensión de los campos nuevos clamores maratónicos.

Abreu esta vez abandona su asilo de ostra y subiendo a los buques, Uruguay avante, deja atrás

---

(1) El general Lucio V. Mansilla, en sus *Memorias*, retrata así el físico de Oribe: «pequeño, bien formado, algo trigueño; pálido.»

el Salto pedregoso; del Salto a Belén; de Belén a San Gabriel, donde alza sus tiendas.

Lavalleja anda con más de mil prisioneros a la zaga. Quiso canjearlos «hombre por hombre»; pero el procónsul le propuso «masa por masa», ofreciendo por todos 25 «insurgentes» (1).

El guerrillero no sabe qué hacer con la impedimenta humana en esta guerra de celeridad. Trasladarlos a tierra de Entre Ríos, como exige el gobierno de Buenos Aires, imposible, por estar el río vigilado y carecer nosotros de botes. Pasarlos por el Norte de las cataratas, también imposible, pues «teniendo que atravesar toda la campaña, una división iría expuesta a ser atacada, y a pasar a cuchillo los prisioneros para salvarse» (2). Lo que hace falta, agrega don Juan Antonio, es que el general Martín Rodríguez penetre en la conflagración, como viene ordenándole su gobierno desde 1825. El prócer Rodríguez alega, para no hacerlo, ora su poca salud, ya falta de recursos, luego ser sus tropas reclutas, razón vacía a los cinco meses de tenerlas bajo banderas, en un país donde los individuos son por temperamento soldados. No ha de silenciarse, empero, que el general parece enemigo de esta guerra, pues lo vemos cartearse con Bentos Ribeiro, situado en la línea del Cuaréim, e invitarlo

---

(1) Lecor encabezó su propuesta con estas palabras: «Lista de los prisioneros insurgentes», lo cual atufó de tal suerte a D. Juan Antonio que ya no quiso seguir tratando con «los usurpadores».

(2) Comunicación de Lavalleja.

a no pelear contra nosotros y a sublevar al Río Grande (1).

Armas en Pabellón y gauchos ceñudos

La lucha no estaba del todo encendida ni los inactivos imperiales se esforzaban en dominar los campos, explicándose así que Lavalleja dejase, en la primavera de 1825, buen golpe de tropas libres del servicio para sembrar y recoger las cosechas y que no echase mano de los esclavos, abundantísimos en la Banda Oriental (2).

Al penetrar Rodríguez en el país, don Juan Antonio vivaqueaba en el Durazno con dos millares

---

(1) Lo propio había hecho Rivera con Abreu y otros jefes del « Continente », que así llamaba el gauchaje a las tierras del Este del Yaguarón.

Rivadavia, al conocer las tentativas pacifistas de su general, las desaprobó enérgicamente.

(2) Antes de la Guerra Grande casi no se había tocado al negro para la guerra; pero, desde que Rozas puso sitio a Montevideo, corrieron en la lucha arroyos de sangre africana. Con todo, como la guerra no alcanzaba a las mujeres, si al cabo se extinguió la raza ello debióse, en mucha parte, a las ventas de negros al Brasil y a las cruzas de dichas mujeres con inmigrantes, tenidos en menos por las altivas descendientes de los conquistadores. También no pocos españoles, desde el siglo XVIII, encastaron con negras. El producto resultó inteligente — dato anotado por Azara — viéndose con el tiempo y las nuevas costumbres a muchos negroides ocupar primeros puestos en el Estado.

de lanzas. Otras refulgian en los asedios y a inmediaciones de los campamentos enemigos.

No era Rodríguez hombre para tal guerra. Hacía falta alguien que sin recursos la sacase adelante; un hombre ardiente y al propio tiempo frío; ingenioso y audaz, tolerante e intolerante, prendas que tal vez se viesen aunadas en algún guerrero famoso y paradoja viviente. Por fortuna el imperio estaba aletargado. De otro modo resolviera, en estos días de 1826, echar el carro de Belona en tierra argentina, bastándole para ello desguarnecer las inútiles plazas fuertes de la Banda Oriental y mover hacia el Oeste sus millares de veteranos invadidos por el ocio de las fronteras.

En marzo hace Rodríguez espantar por Rivera los jinetes de Bentos y cita a Lavalleja para la campaña del Norte.

Con que iré, con que no iré, el capitán general dilata el cumplimiento de sus deberes y termina diciendo que sus tropas las necesita para servicio «policial». Ya están señor, 400 orientales con Laguna, de usted; 600 con Ignacio Oribe, en Cerro Largo, de usted; 1400 con el otro Oribe, de usted, sobre Montevideo. Los 1000 de Rivera, se ve que no los quiere mencionar.

Como los sitiadores de la capital toleran a los sitiados abastecerse y abastecer a la flota, el jefe argentino protesta. El dejar entrar ganado a la plaza, responde Oribe, obedece a la dificultad de vigilar tan extensa línea y añade, en su estrecho razonar, que preferido el contrabando al trato directo, perdería el sitiador las ventajas del espionaje y el fisco los impuestos, sin contar los deser-

tores que recibe. Persiste, como se ve, toda fiscal, la vieja alma española en el hombre del asedio. Más desertores se ganarán con hambre en la plaza que sin ella, replica Rodríguez. En cuanto a lo otro, si es dado a Vd. saber por espiones lo que entre los sitiados ocurre, dado es también a los sitiados adquirir noticias de sus fronteras y recibir órdenes. Y respecto a pérdidas fiscales, quiere saber su monto, para hacerle entregar por su gobierno, gesto de gran señor, un subsidio equivalente.

El Páez uruguayo, Lavalleja, tan ignorante y ambicioso comò el lanceador venezolano, todavía no desarruga el entrecejo. Es hombre pobre, al par de sus tropas, y a poco recibe 20.000 pesos en papel moneda recién creado, cantidad exigua para saldar deudas anteriores y necesidades presentes, resultando, además, que el billete no circula en el país hecho a la brillante onza de oro. Quiere el caudillo saber donde cambiarlo y se le manda decir que en ninguna parte, debiendo correr por su valor en todas. Correrá estre los hijos de andaluces de la otra banda, no aquí, por cierto, entre gauchos antipapelistas.

Cáusale lo de circular por su valor nominal los asignados, impresión de pesada broma; pero se nos figura no ser ése el motivò de sus enojos.

Al fin, él y sus tropas pueden seguir pasándolo con carne de vaca; hacerse sus botas, sus riendas, sus lazos, componer sus lanzas, dormir al raso y morir sin medicina. Para poner término a los más y los menos, acaba Rodríguez ordenándole le envíe sus soldados para ser embebidos en el Ejército Nacional.

El caudillo responde ásperamente ¡nó! y de-

vuelve el dinero. Se pone de punta, como dicen los gauchos, tomando el símil del cuchillo y hasta renuncia la pensión acabada de decretársele (1).

Entre tanto, Rivera ha despejado el Norte y obsequiado a varios de sus acompañantes en la «patriada», no pocos venidos desde el arroyo de Solís en el confín opuesto, a falta de paga, con 30 vacunos por individuo, cosa no mala en tales tiempos y lugares. Lavalleja entrégase a embargar las vacas a quienes, de vuelta al Sud, aciertan a pasar por sus dominios del Durazno, exigiéndoles comprobación de que les pertenecen. Los lanceros muestran desde el caballo un papel firmado «Rivera».

Nota inmediata del Capitán General a Rodríguez. Invoca su carácter de protector de la propiedad. Ya ha arrancado declaración a un jefe de haber repartido hasta 450 cabezas y ha de saber quien se ha tomado tamañas atribuciones. Siendo el general argentino, no hay caso. Ahora que «sospecha» de Rivera, pretende la verdad «oficial» y encuentra que los de la reciente campaña son «individuos destituídos del mérito que pudiera hacerlos acreedores a una recompensa» de 30 animales. De esa donación nace la especie de haberse «robado» Rivera 200.000 vacunos y el rumor que da al honorable Rodríguez escandalizado ante actos de vandalismo oriental, cuando es evidente que el dejar marcharse sin sus soldados a los hermanos

---

(1) El congreso argentino había acordado pensiones vitalicias a algunos de los 33. 2000 pesos al jefe principal; 1000 a los otros; 500 a oficiales, cabos y sargentos. A los soldados, el día y la noche.

Rivera obedece á razones políticas, pues los caudillos sólo pretenden ver «auxiliares» en los argentinos y tienden, con esta conducta, a anular de hecho el acta de incorporación a las Provincias Unidas, que las envolviera en la guerra, exponiéndolas, triunfante el imperio, a quedar con el Paraná por límite.

El otro guerrillero manteníase hostil en sus pagos, mas habiendo partido como quien va a una fiesta, a presidir en San José la apertura de la Sala de Representantes, se le da vuelta un regimiento, base de su poder, yendo al campo argentino.

No mejor semblante le muestra la fortuna en la Sala. Nada quieren saber con él los diputados, sino que delegue el mando. Tras veinte años de asolamiento, ellos, hombres civiles, aspiran al orden, cueste lo que cueste. Con soltar el poder don Juan Antonio, sus demás tropas, soliviantadas por Oribe, lo dejan solo, «solo y su alma».

Pronto empiezan los gauchos a estar a disgusto en el ejército, no tanto por apego a sus antiguos caudillos, cuanto por horror a la disciplina. Nada más penoso a estos hombres de voluntad silvestre que la obediencia pasiva. Valían por èso, por ser voluntades libres hasta donde lo toleran las limitaciones naturales. Ultraindividualistas, peleaban contra el extranjero por amor al espacio, a la tierra sin lindes. Odiaban al inmigrante presintiendo que alguna vez pondría vallas al campo, desterrando juego, amor y guitarra.

No se puede ser enteramente individualista, no siendo gaucho o hijo de la montuosa Tartaria.

Por el roce con sus semejantes va perdiendo el individuo cuanto le es propio, así como esos cantos rodados que el oleaje arroja a la orilla, tan ellos cuando aún no son sino ásperos pedazos de roca y que en fuerza de entrechocarse se pulen e igualan. Raza nacional, lenguas y banderas extrañas irritaban su duro semítico patriotismo. Por eso ni a los gauchos ni a sus caudillos les cuadra el encono del presente, pidiendo unos y otros, aquel juicio sereno, ni ardiente ni glacial, aplicable a las épocas que ni se condenan ni se absuelven.

El ser interpolados en el ejército los «Dragones Orientales», disgustó a Fructuoso Rivera, su jefe, que se fué a Buenos Aires, dándose con esto sus soldados y otros del país a trabajar dentro de sus cráneos, hasta acabar en desbande. Espectáculo feo en tiempos de peligro, tales alzamientos y errabundaje de tropa. Recorren en grupos la campaña, de a veinte, de a cien de a trescientos. Algunos cabalgan con Bernabé Rivera, rumbo al río Negro, orlado de bosques protectores. Bosques seculares, plagados de tigres (1) que obligan al coraje y a encender nocturnas hogueras y con todo, seguro para quien evita o la enemistad o la sociedad de los hombres. Ya están en aquellos arbolados lugares, cuando a Bernabé se le ocurre dirigirse solo a la carpa argentina. Lleva la voz de los soldados. Ellos reclàman servir al modo antiguo y la presencia de Fructuoso. El apacible Rodríguez

(1) Por ese tiempo abundaban estos grandes felinos en el país, donde son numerosos los arroyos, las cañadas y los pasos «del Tigre».

no quiere quebrar la espada de la disciplina. Vaya, pues, Bernabé y procure traer a los desbandados y, por si no cumple la orden, apercíbase Medina a cargalos. ¿Refunfuñaría el tape Anacleto y un relámpago de desobediencia vibraría en sus encapotados ojos? Ignora el general si va a sublevar una comarca atacando a cien hombres, así como resulta la sublevación de un enjambre de atacar a una abeja. Por eso, quizá, su corazón riñe a estas horas con sus razones militares y queda en pie la corta milicia riverista, algún dia tempestad guerrera (1).

ALVEAR DESHACEDOR DE NUBES

Aceptada la guerra por Buenos Aires, desde 8 meses atrás, aún no habían peleado sus tropas. En cambio, su puerto estaba bloqueado, su crédito en baja, la discordia civil en el horizonte. Era preciso acabar con las angustias de una beligeran-

(1) Ya entonces empezó a acusarse a Fructuoso de estar entendido con el Brasil. Era un clandestino chisme que del campamento de Oribe volaba al de Servando Gómez y viceversa. El vencedor de Sarandí exigía poco antes formar ejército aparte con sus paisanos. La misma pretensión trajo la desgracia transitoria de Rivera, según se desprende de las declaraciones juradas de sus parciales. « Juradas », vale decir « verdaderas » en tiempos de intensa fe religiosa, cuando los hombre, sencillos no adiestrados en jesuíticas reservas mentales, juraban, sobre la salvación de sus almas.

cia en el nombre y echarse en brazos de la suerte. Todo cambió, cuando vino a los campos el elegante Alvear, subrogante de Rodríguez.

Ya está entre soldados el soldado que nos faltaba y es otra vez en la vieja Banda Oriental, teatro de su primera gloria y de su gloria última.

Bernabé, Raña, Felipe Caballero, Araucho, el poeta, andan «a monte», haciendo presión al frente de tropas. No ignora Alvear que entre ellos circulan cartas de Fructuoso y por eso pide a Buenos Aires lo prendan. Al mismo tiempo, en una entrevista con Suárez y Lavalleja —a éste le ofrece sostenerlo contra su émulo — los persuade a someter a los rebeldes con partidas de nativos.

Si han de pelear, peleen entre ellos.

La nube parece intentar invadir la celeste bóveda. No lo hará con Alvear, deshacedor de nubes. Tanto, que a los pocos días comunica haberse apoderado de Bernabé.

Contra lo que aseveran historiadores, el hombre dice en este caso la verdad. Tampoco es exacto que ordenara fusilamientos, aunque Laguna ejecutó varios sujetos, calificados por Alvear de «bandidos», vocablo muy de su gusto tratándose de sus adversarios. De «bandidos» moteja a Bernabé y a los suyos, en tanto no se le someten. Así que lo hacen, dejan de ser «estos bandidos» y se transforman en «mis amigos». ¡Oh tempestuoso corazón, en tu falta de ecuanimidad eres humanamente espontáneo!

El episodio carece a sus ojos de importancia. Hace que Brandsen, emboscando alguna tropa, cite a Bernabé a una conferencia amistosa.

Soldados nadadores apodéranse del bote con

que los desbandados suelen cruzar la corriente en el Paso de los Toros. Suenan tiros. En eso se aparece, con dos soldados, el oriental protestando, arrogante cual si lo siguieran cien mil. Exige explicaciones, pues viene a una entrevista, no a un combate. Oficiales lo invitan a pasar a la tienda del jefe. Vá y se expresa «en los terminos más insolentes»—palabras de Alvear — sosteniendo «sus antiguas pretensiones.» El general vuelve la espalda y ordena prender allí mismo al altanero. Se le pone una barra de grillos, pero Bernabé logra fugarse con sus cuatro centinelas de vista, dejando los grillos en la carreta del general (1).

Con promesas y seguridades de inmediato ataque al Brasil, son atraídos diversos cabecillas. El irreductible Caballero no tarda en caer. Las montoneras ya no existen y bien puede exclamar su sometedor: «Conjuré la tormenta». Sin embargo, no ha desaparecido la calina en estos días de 1826 y habrá de reaparecer como en el trópico los acuosos vapores. Todos estos movimientos concurren a un fin—así los diferentes instantes de un drama—y hacen meditar en la profundidad de aquella griega concepción del Destino, que explicaba la red de las causas menudas y escondidas.

Cree Alvear, o lo finge, que Fructuoso puede favorecer «indirectamente» al Brasil y lo pierde. La caída de un hombre no conmueve a los imperturbables astros y ¡ay! tampoco a los no imperturbables hombres. Rivera, fugado de la capital, da con ello color al murmurar de sus rivales, Lavallejas,

(1) Versión de Antonio Díaz.

Oribes y Lagunas. Circulares de Alvear a todos los pueblos orientales, para que prendan al «traidor», son conducidas a galope. La Junta de Representantes entiende de su deber proclamarse «único órgano legítimo de la voluntad de los pueblos», y de paso alude a la fuga del caudillo y al cargo de «alta traición». Firma Gabriel A. Pereira. Fructuoso que sabe perdonar, lo hace su vice años más tarde.

Sol y fuego

En la bravura del verano, mientras trota al través de la campaña el perro al que la hidrofobia aguijonea, emprende movimiento el ejército patrio, en inmensa columna. Todos sus individuos cabalgan y llevan caballos de tiro. Hay días en los cuales un antiguo oficial de Napoleón, Brandsen, anota: «Campos arrasados», o bien: «Todos los campos están arrasados y presentan un horrible aspecto de esterilidad.» Con frecuencia los incendios de pastos y malezas estallan delante de los campamentos. Basta el descuido de un soldado para que la llama de aislado fogón se corra a una mata, de ésta al chircal, del chircal al monte. Si la tropa no detiene a tiempo la carrera de la llama, si la deja meterse en la yesca de los pajonales, ya tenemos resplandor y humareda para rato. Bajo el sol, el campo se torna una polvareda ardiente; la tierra «brota fue-

go». Sol y desierto, aunque también crucemos tierras pobladas de caballos salvajes (1).

Llueve, se puede decir, día por medio. « Llueve a cántaros», anota nuestro oficial napoleónico.

La disciplina escasea. A raíz de un incidente, el general en jefe ha despedido a una de las primeras lanzas de América, don Juan de Lavalle, que se ha marchado a la capital y ha de volver a nuestras filas.

Soldados y clases, en corto número, desertan con

---

(1) Alvear había organizado el ejército en 76 días, a orillas del arroyo Grande, donde se establecieron fraguas y maestranzas, se fabricó ropa y se transformaron en redomones 50.000 potros.

Parte de la tropa no tenía otra vestimenta que la entregada en las costas del Uruguay meses antes. A muchos se les dió un pantalón y una camiseta de brin y ésos tiraron sus roñosos trajes. En la infantería, gran número de soldados carecía de capotes y de cualquier otro abrigo. Las fornituras eran antiguas y de colgar en el hombro. Se carecía de polvorines. Pocas eran las mochilas y malas, hechas de cuero de ternero, sin curtir. La ropa era llevada en líos. Mil caramañolas de lata, fueron entregadas a otros tantos jinetes. El resto usaba cuernos de yaca. Lanzas, frenos y espuelas, en parte de hierro quebradizo.

Alvear, antes de emprender el avance, hizo notar tantos inconvenientes al gobierno que no pudo remediarlos, pues las provincias ya nada querían dar y hasta Misiones y Corrientes empleaban en resolver sus agravios buen golpe de jinetes ofrecidos para esta guerra. En tales condiciones, seguido de 30 galeras y una infinidad de carretas, el ejército recorrió más de cien leguas de desiertos, cruzando arroyos del Sauce, del Tala, del Tigre y muchos pasos de la Arena y de las Piedras. De las Piedras Azules y de las Piedras Solas. Lavalleja iba a la vanguardia, con sus orientales y con él el regimiento N.º 9, el « de los tres Manueles », pues lo mandaban Manuel Oribe, Manuel Lavalleja y Manuel Freire.

armas y bagajes. Fugan desde las guardias y si son atrapados castígase a cabos y sargentos con arrancarles las jinetas, y a los de tropa, a lo sumo, con 200 palos.

Mansilla, jefe de estado mayor, dice que el general no sabe mandar ni campar. Lo desacredita, refiriendo a su respecto anécdotas escandalosas y, lo que es más grave entre soldados, le niega valor. Brandsen oye estas confidencias y aún cuando en sus adentros las rechaza, le es imposible negar que el censurado todo lo hace a capricho y que en ocasiones «50 hombres atrevidos» podrían desordenar nuestro ejército.

Los ríos se cruzan a nado. Se marcha día y noche. A medida que nos acercamos al Brasil, por tierras cada vez mas fragosas, aumenta el despoblado.

Marchas de horas muertas, sin divisar rancho ni sér en la redondez del horizonte.

A principios de enero, prohibición de fumar durante la noche, para que la luz no nos delate. « Pena de muerte» al que fume. Pena teórica, pues hasta el último pícaro hace falta.

Próximos al imperio, circula la versión de hallarse al frente de sus tropas S. M. Pedro I (1). ¡ Qué

(1) A fines de noviembre de 1826 el emperador había llegado a Porto Alegre, seguido de un brillante Estado Mayor de jóvenes nobles. Traía buenos planos del Río Grande, de la Banda Oriental y de las provincias litorales. El clero, el comercio y los estancieros le hicieron un grandioso recibimiento y cuando les exigió un empréstito se apresuraron a suscribirlo y sobre ello, a regalar fuertes sumas. D. Pedro ya marchaba para el cuartel de Santa Ana, cuando en el camino le noticiaron el fallecimiento de su esposa, hecho que lo arrancó de la dirección de la guerra, obligándolo a retornar a su corte.

ambiciones no trabajarán en estos instantes la mente de Alvear, todo un poeta de la guerra! Y con el pensamiento del magnífico efecto que produciría en la gran capital del Sud la presencia de un emperador prisionero, no cesa de arengar a sus soldados, ni cesa de tronar el cañón de alarma. ¡Ladra perro metálico! Vas a la derecha de Ares.

El peligro no turba el sueño de la templada alma criolla. Un día, con tamaño sol en los cielos, el general, yendo por las avanzadas, sorprende a un comandante dormido con todo su escuadrón, estando de guardia. Arresto y fulmínea orden del día, con cuatro tiros teóricos a todo jefe, oficial o soldado que en lo sucesivo y en iguales circunstancias se durmiere.

Las caballadas, a fuerza de trotar por pedregales, de no comer, de atravesar campos de fuego, ríos y bañados, agótanse asombrosamente. De los jefes, el único o casi único, en tratarlas como es debido, Brandsen; el único en solicitar conducirlas a pastorajes del tránsito, por que «los caballos no son de bronce». Los que parecen de bronce son nuestros soldados. Están a la cuarta pregunta y venden sin vacilación «un año de sueldo por ticholos».

Nada semejante en imprevisión, en materia de dinero a nuestros soldados (1). ¿Ni qué caso pueden hacer estos valientes de 1826 del puñado de asignados con que se les paga y que apenas corren

(1) En otras épocas llegó el Estado a premiar a sus veteranos con zonas de campo, no habiendo memoria de que algunos pasarán a poblarlas como agricultores o ganaderos, pero si de que, a poco, las vendían por casi nada.

en la comarca, siendo muy posible que ni en la comarca ni en parte alguna lleguen a correr el año que viene?

Así, pues, los vivanderos o aves rapaces, van revolando en torno de las tropas, que siendo de línea ganan diez pesos y disponen sólo de cinco, porque el presidente Rivadavia, en su previsión, ha decretado se reserven los otro cinco para cuando vuelvan de los combates.

Con la escasez y la proximidad del peligro los vivanderos acaban por irse y ahora empieza el no fumar, la ausencia del mate, alegría de los fogones en las noches al raso, mientras se escucha el cuento de un viejo sentado en seca y blanca calavera de vacuno. No pocos «milicos» se hacen pantalones de bayeta, arrancando el forro a sus ponchos. Visten otros, humildes pieles de carnero, aguantando los inevitables chistes. No es de extrañar, pues, que estos nuevos «sansculottes», acosados de tanto sol como cae, miseria y fatiga, husmeen con fruición la batalla (1).

Santa Ana es eje del ejército imperial. Su línea extiéndese por más de cien leguas, del Cuaréim al Chuy. Cordón sanitario antes que línea. Alvear,

---

(1) Todas las tropas, asegura Díaz, hicieron la campaña descalzas, por la pésima calidad del par de zapatos que en el arroyo Grande se le diera a cada soldado.

Lo pedregoso del suelo que cruzaban, con tantos arroyos, zanjones, pantanos, zarzales y pajonales, explicaría la destrucción, no ya de los malos zapatos, sino de botas de hierro. Los soldados de buena carnadura se quitan a punta de cuchillo las espinas que se les clavan en los pies, cuya piel acaba por espesarse como cuero.

con tropas sueltas, amenaza ya al Norte, ya al Sud (1). Su propósito, cortar las dos divisiones contrarias, realizando, en términos de esgrima, fintas a cabeza y pies para tocar el pecho. Cortarlas e irse sobre sus depósitos militares de Bagé y San Gabriel y, si es posible, derrotarlas por separado.

El 23 de Enero, sábese que los imperiales han salido de Santa Ana, resueltos á pelear. En ese día, lejanos estruendos dicen batalla ó tempestad. Alvear, en las márgenes del río Negro, opina que Lavalleja ha sido atacado y se detiene.

Espera la acción. Si ha de ser sea aquí, aún cuan-

---

(1) En Enero de 1826 Barbacena hallábase en Santa Ana con 5000 hombres, de los cuales 3000 jinetes. Brown permanecía a bastante distancia en San Francisco de Paula, con 1400 de tropa, y Abreu, en el río Pardo, a 80 leguas del cuartel general, con 500 caballos. Las fuerzas imperiales en el Sud, sin contar los tres o cuatro millares de guarnición en Montevideo y la Colonia, no excedían de 9000 plazas, dispersas a los cuatro vientos. Alvear, según él mismo informa, pudo atacar al Río Grande o Capitanía General de San Pedro, por cinco puntos diferentes: por la senda de Santa Teresa, tendiendo luego desde allí hacia el Norte, pero el trayecto era muy largo; invadir por el Cuaréim, teniendo que cruzar campos que entonces eran pedregoso desierto; atacar en línea recta a Santa Ana, asiento del cuartel general enemigo; tomar el camino fácil de la cuchilla Grande, que «ofrecía el grande inconveniente de indicar con sobrada anticipación el punto a que se dirigía el ataque», pues en todas las guerras anteriores «los ejércitos españoles y portugueses habían seguido la misma dirección». El último, el seguido, era sendero virgen, y se anduvo, llamando la atención del contrario «mientras la masa de la tropa subía el río Negro, maniobrando alternativamente sobre sus dos márgenes», para seguir a Bagé, penetrar en la Cuchilla Grande y tomar de flanco todos los ríos.

do Soler, distante dos leguas, que ya debía habérsenos incorporado, nos obligue a prescindir de un cuerpo de ejército.

Brandsen interpreta por truenos los lejanos retumbos. Lavalleja es, dice, demasiado activo para dejarse sorprender, llevando, como lleva, 2500 jinetes. Al rato, dando razón al coronel, se nos viene encima la tormenta. Tres días más tarde, desfila a nuestra retaguardia el de los 2500 jinetes, cuando se le suponía en Bagé, hacia donde se dirigen nuestros infantes.

Parte de las tropas ocupa la abandonada villa, «de 70 a 80 casas»; parte acampa en las afueras. Por imprevisión del general, el villorio es entrado a saco. Lavalleja a quien unánimes otorgan ese «honor» historiadores del Brasil y del Plata, resulta inocente en las breves *Memorias* de Brandsen, y quien aparece hasta invitando al autor a participar del botín, es aquel jefe cuya animosidad contra Alvear lo arrastra a negarle la elemental cualidad del soldado: valor.

El día del saqueo, ruidosa piroctenia eléctrica. En lenguaje de Brandsen, «el más espantoso temporal que el cielo haya jamás descargado sobre los hombres». El acuoso meteoro, cruzado de chispas, dura del 26 al 30 de enero. En el campo hecho un mar, los caballos humean. Alvear ha, por el momento, logrado cortar las columnas adversarias. Barbacena retírase a la negra serranía de Camacuá, protegido por la caballería de los Bentos, a quienes hostiga la vanguardia lavallejeana.

Estando aun los nuestros inmovilizados por la lluvia, llega el tape Medina, gran lanza, que entre la tempestad ha sostenido un victorioso entrevero.

Abejas y moscas

Los jefes argentinos, casi todos veteranos compañeros de San Martín, no estimaban ni querían al general: lo primero, por no ligarles a él los comunes sacrificios y comunes glorias de unas mismas campañas; lo segundo, por lo mal que él tratara, en los días de su apogeo político, al futuro gran capitán de los Andes.

El general, por su parte, menospreciaba a varios de sus subalternos. Las aristas de su carácter, chocando con las aristas de otros caracteres, se traducían en malquerencias recíprocas. Su amor propio, su talento, sus instintos de mando, lo volvían para muchos intolerable.

Lavalle, a quien había atraído de nuevo, profesábale tan fuerte rencor que horas antes de la batalla conspiraba para deponerlo. Pacheco, acúsalo de liviandades eróticas (1) y, Bocaccio indignado, refiere anécdotas de subido color. No estaba el general precisamente en los ígneos días de la juventud, cuando la sangre sacrifica la calidad a la cantidad y, tal vez por eso, aprovechaba el fugitivo paso de las horas y de sus armas en tierra entonces reputada enemiga, mas no ya en mengua de la calidad. Historietas verdes y pardas, chispeaban en el vivac, consignándose en los ratos sentimentales en algún papel que luego vendría a ser página de memorias inéditas.

(1) « Diario de campaña. »

A guiarse por testimonios de actores principales, si no se riñe tan pronto Ituzaingó, el ejército se desbanda, comido de piojos e intrigas.

Triste es ver a tan altos y famosos guerreros empequeñecerse en funestos enconos; pero consuela pensar que lo propio ocurría bajo la tiendas homéricas.

Las dos fuerzas

La guerra debiera ser terriblemente verídica. ¿Para qué exagerar los enemigos el número de los enemigos? Arrojan honor las victorias sobre quien las consigue, si él las relata. Difícil entender de acciones de guerra por noticias de actores que si alcanzan a mil de mil maneras las refieren.

Una es la batalla de libros y partes, con sus alas, centro y reserva, sus matemáticos movimientos y matemática geometría; otra en el campo, donde cada individual unidad, aunque obedezca a movimientos de conjunto, recobra en parte su individualidad y muestra, valerosa, su denuedo avanzando; pusilámine, su temor, haciendo vacilar una fila, en ocasiones un ejército.

El número de batalladores, más que en ninguna otra campaña de estos países fué exagerado en la guerra cisplatina. Las fuerzas de Alvear, incluídos en ellas algunos regimientos de orientales, sumaban 6300 combatientes.

Añadidos los 2500 jinetes de Lavalleja (1), resultaban cerca de nueve millares. Aquél se atribuye apenas 6200 individuos. ¿Es que pretende engañar a la posteridad conforme engañó a Barbacena, o que por desdén á Lavalleja prescinde de su nube de gauchos? (2).

Las fuerzas imperiales superaban á las nuestras, pero sus jefes, llegado el instante decisivo pusieron un número quizá menor en el tablero de la batalla (3).

Extranjeros no faltan bajo unas y otras banderas. Con los nuestros, agregado a Brandsen, figura un escuadroncito alemán de 50 hombres, mandados por en barón, gente sin disciplina y a quienes es menester subir a caballo. «Escuadrón político» es-

---

(1) Es el efectivo calculado por Brandsen y aceptado a falta de documentación. Díaz, sólo le da 1900.

(2) Dos meses después de la acción, la lista oficial, firmada por el escrupuloso D. Jerónimo Espejo, arroja 8847 combatientes, sin que se hubieran recibido refuerzos. Por el contrario, muchos individuos salían en comisión y otros —gente lavallejeana — partían para arrear ganado, de aquélla a ésta parte de las fronteras.

(3) Dejaron de utilizar cerca de 5000 veteranos que revistaban en Montevideo y la Colonia. Al juntarse Barbacena y Brown sumaban, según fuentes brasileñas, 8200 plazas, incluído Ribeiro — que no estuvo en la acción — y diez piezas de artillería. La lista oficial del sucesor del marqués fija sus fuerzas, ya mermadas por muertes, deserciones y heridas, en siete millares, a los tres meses de Ituzaingó. Alvear, en su primer parte, estima las fuerzas imperiales en 8500 individuos y si más adelante las eleva hasta 12.000 es para defenderse de injustos cargos de su propio gobierno. Aquel número y 10 piezas les atribuye el severo Félix de Iriarte.

cribe nuestro oficial napoleónico, presentado como aliciente a otros tudescos al servicio del imperio.

Estos son más y mejores, pero no se trata de irresistible columna de Austria, ni los manda un general austriaco, como dirán después Alvear y la leyenda. Suman, en todo 500 infantes y 80 lanzas, traídos desde sus tierras al Brasil, a la par de otros, cuando el emperador quiso darse una guardia europea.

Para ello habíanse enviado agentes a los principados alemanes, a reclutar hombres de buena estampa, engañándolos con ceñuelos de tierras, bueyes y arados, poniendo máscara de divinidades agrícolas al adusto rostro de Ares. Para la operación había contado D. Pedro con la buena voluntad austriaca y no le fué difícil a los embaucadores enganchar corto número de militares que se oxidaban en sus aldeas, y con los militares, vagos, aventureros, delincuentes sacados de las cárceles, y pobres diablos esperanzados, sin que faltara tal cual barón sin esperanza.

Llegados a Río, todos fueron a dar a los cuarteles, donde funcionaba el palo ó disciplina heroica, sin temor á complicaciones internacionales, tanto por estar salvadas las formas, cuanto por la insignificancia de los estaditos germánicos, llamados algún día, sin el velo de Maya, y conformados a la ciencia guerrera uniformada de general Moltke, a ser imperio prepotente (1).

---

(1) Los tudescos que permanecían de guarnición en Río, acabaron por amotinarse. El hecho se atribuyó por unos, a malos tratamientos, por otros, a secretos influjos de Dorrego, que en realidad trató de que sublevándose fundaran la República de Santa Catalina, isla del Atlántico brasileño, propia a servir de punto de apoyo a nuestros corsarios.

El general germánico Braün de la leyenda no es otro que Gustavo Brown, oficial inglés, contratado en Inglaterra con permiso de S. M. B. para venir de mariscal a la contienda que tiene por teatro una silvestre zona de América, entre los 28 y 35º de latitud meridional.

El generalísimo, señor marqués de Barbacena, hombre de diplomacia y literatura, más que de pastizales, aguaceros, serranías, olor de caballos y melenas riograndenses, es, no obstante ligero tinte de fatuidad, lo que puede llamarse un espíritu superior.

Por resolución del monarca mandará la batalla Brown, jefe de Estado Mayor. ¿Creerá D. Pedro que por haberle costado su oro, vale más que los generales nativos? Lo cree. Ha llamado su imperial atención ver al organizador minucioso que se expresa con propiedad sobre su arte. No ha notado el impulsivo hijo de doña Carlota que su inglés carece del golpe de vista de conjunto, al igual de toda persona acostumbrada a conceder primacía a los detalles. Barreto, jefe de la primera división, cuenta en su haber antiguos combates reñidos en la Banda Oriental; Juan Crisóstomo Callado, soldado de línea, es la experiencia imperturbable. Por debajo de éstos, brillan a modo de estrellas de inferior magnitud en ardiente constelación, el arrebatado barón de Cerro Largo, el ígneo Leitao Bándeira, Nery, Barboza, Rodríguez y un tenientito Mallet, que ignora el autor si algún escritor brasileño habrá reputado por un Napoleón inconcluso. Él salvará el honor de los cañones, su arma.

Liviano podría considerarse el tren bélico de los patriotas, a no ser por las carretas y 500 mujeres

que los seguían. Seguir a sus Braulios y Nicanores alegraba infinito a estas silvestres, cobrizas y pecadoras amazonas. Algunas usaban chuzos o lanzas.

Escaramuzas.

Ya en la sierra el marqués, ocupa posiciones a la caballería infranqueables. Muévese Alvear y se le pone a cuatro leguas, tentándo vanamente hacerlo salir a campo raso.

Entonces finge huir. El aire de fuga lo dan bestias, armas, carros abandonados a trechos, falsas listas de revista, tasándose con 4000 hombres. ¿Picará el marqués? Pica, y echándose al camino, ya unido a Brown, a favor del mal tiempo, sigue la rastrillada, como un perro de presa, andando a ocho leguas por día bajo un sol de fiebre. Lavalle ha chocado en Bacacay con las avanzadas de Bentos, matándole algunos individuos, lance que magnificará la leyenda en su linterna mágica, como lo hace siempre que gusta de un caudillo. Desprendimiento de jinetes para despejar la senda y entrevero y vocerío de instantes, cual miles de veces ocurriera sin que nadie recuerde tan pequeñas acciones si acaso las riñeron gentes oscuras.

Ribeiro disputa a palmos el espacio. Hombre a quien ha abandonado la suerte dijérase ahora nacido para ofrecer con sus insignificantes derrotas nomenclatura de calles a todos los ediles del Plata. En pos de Bacacay, lanzas guiadas por nuestro jefe de esta-

do mayor, lo atropellan y baten junto al arroyo del Ombú. De aquí en adelante, el hombre será una especie de fantasma guerrero.

A este tiempo, pasa el marqués por San Gabriel, muchas de cuyas casas rojean, incendiadas por jinetes lavallejeanos.

Al hallarse a diez kilómetros de su enemigo, forma junta de guerra, para decidir si presentará batalla. Los jefes de linea, Brown, Callado, parco en alardes, y algún otro votan en contra; pero los alborotados caudillos del Río Grande, jefes de milicias, de largas melenas y tremendas espadas, no quieren se difiera el choque, llegando Abreu a amenazar con que depondrá a Barbacena, o se retirarán con sus gentes los jefes del Sud... este «Sud» como si fuese un imperio, si otro dictamen que el de ellos prevalece, siendo de suponer que los acompañaría Barreto, formado en la guerra de los aguiluchos.

Vence el gauchaje. Renuévase la marcha rota por Abreu que busca la muerte en incesantes tiroteos.

Nuestro general ¿se habrá enloquecido?

En las márgenes del Caciquey, declara Alvear pena de muerte a quien se quede con algo más de lo puesto.

¡Qué lástima, comenta la tropa, mirando arrojar a las hogueras y a las aguas, monturas, vestuarios,

alimentos, cureñas, todo lo pillado en Bagé y golpes de mano a los convoyes.

—«Señores, dice el general, si nos vencen, esto no nos servirá de nada; si vencemos, la victoria nos dará más». La cuestión es aligerarse y correr al paso del Rosario, sobre el Santa Maria, y anticiparse al marqués para que se engolfe hasta la obsesión en la creencia de que persigue.

Con trote largo y paso castellano han los nuestros llegado primero junto al río y allí acampan. Son las 11.30 de la mañana de un 19 de febrero. Lugar fangoso y cubierto de espadaña,—junto a un bañado de un kilómetro de anchura,—entre el río y altas colinas paralelas a la corriente. Pacheco sospecha que Alvear, con el enemigo a la espalda (1), quiere atravesar el río, porque le oyó ordenar al tape Medina lo cruce con sus «Coraceros», maniobra plausible de exploración, pues al otro lado, en el monte, andan vecinos fugitivos, los mismos que llevarán a Barbacena la nueva de que Alvear acaba de volverse loco, y más que plausible, sabiéndose que cerca o lejos anda Ribeiro con un millar de jinetes.

El río rodaba cargado de aguas y sólo en lo más bajo y a nado se podía pasar. Iriarte afirma que se le mandó cruzarlo con artillería y que él se opuso, pues habría tenido que perder algunos cañones. Si en tales instantes se nos presentan los contrarios, piensa Soler, capitulamos.

A la una de la tarde vése en el horizonte alta y

(1) En la mañana de ese día ambos ejércitos estuvieron a legua y media de distancia.

espesa polvareda. Se toca alarma. Luego se sabe que fué levantada por nuestros jinetes de vanguardia.

Abreu observa nuestros movimientos, pero no tan de cerca como algunos suponen y además para algo estaría Lavalleja en las cumbrecitas, a distancia.

Alvear sesteaba, asegura una versión, cuando le fueron a pedir sacara el ejército del atolladero y que entonces él, yendo de un cuerpo en otro, les ordenó contramarchasen sobre su propia huella. Mayor confianza merece la palabra del general Diaz. Según él, Alvear convocó junta de guerra, a las dos de la tarde, y anunció su resolución de volver al encuentro de sus rivales, por la noche. En esas circunstancias, nos informa el mismo testigo, varios jefes tramaron, con Lavalle a la cabeza, deponer al general en jefe, encargando a Lavalleja del mando. Se refiere que éste consultó á Oribe y Oribe lo aconsejó honorablemente, haciendole ver de paso que lo tomarían como instrumento de las ambiciones de Soler, y el plan, en parte conocido de Alvear, se deshizo solo.

El orgullo del general incomodaba a todos. Con un débil culto a la modestia, en aquellos tiempos de méritos excesivos y personalismos descarnados, fuera su figura, ya entonces, indiscutida. Su moralidad, en la opinión contemporánea, resultó dañada más de lo debido, por su carácter repentista que de la claridad del Directorio lo hiciera caer en la debilidad de juzgar a su pueblo al nivel de una tribu africana e ir a asilarse, perdida la magestad cesárea, entre las tropas del barón de la Laguna.

Toda gran ambición fundada tiene de locura no ver las cosas en su normal color y medida. Háse repetido que todo lo mediocre es normal. Apresurémonos a añadir que la mediocridad, más que que otra cosa, es exacta en la apreciación de lo simple e inmediato; incapaz de penetrar las complejidades de lo multiforme y lejano. Mil aspectos ve el genio donde el vulgo uno, y no el más importante, el más próximo. Ni se diga mejor equilibrada la inteligencia vulgar, cuando lo es menos: que hay también supremo equilibrio donde se avanzan montañas rectas al éter.

En el fondo este Alvear, tan lleno de sí, tan ofensivo en veces, y hasta injusto, es de los hombres más buenos: soporta las gruesas impertinencias del Páez uruguayo, a quien al cabo contiene con amenaza de fusilarlo si no cierra el pico en un altercado, y luego lo inciensa en el parte de Ituzaingó; sabe que Lavalle no lo estima y hace general a Lavalle; reprime a Paz desobediente y lo gradúa con las palmas.

Estrategia.

La contramarcha inicióse a la sexta hora de la tarde, después de indicar a los jefes de división no obedecer otras órdenes que las del general en jefe y ésas, si conducidas por ayudantes, en papeletas firmadas de su puño y letra. Triste situación no

poder confiar en nadie, pero ¿qué hacer con el motín bajo los pies y la batalla en frente?

Las tropas descontentas con la retirada, deseaban pelear y reposar, fuese en la victoria o en la muerte. Toda la gente de galones rezongaba.

Sensible que el gran rezongón Paz prestara la parte de sus *Memorias* relativas a esta guerra. Sensible cual si las hubiese quemado. Rezongaban, por un lado Paz, Mansilla por otro; aquí Lavalleja, allá Brandsen; ora Pacheco, ahora Lavalle, coreados por sus subalternos y hasta por los centinelas. Debía ser aquel un inaguantable coro.

Al volver atrás para batirse, nuestro general, brillante orador, ofreció a los suyos la victoria. Media victoria es el entusiasmo; el valor la otra media.

Para andar más ligero, dejóse parque y equipaje a orillas del río. Sobrevino nublada noche. A la una, por encima de la calígene y de los árboles fantasmales, elevóse la luna, esperada por el jefe imperial para mover su muchedumbre guerrera. La nuestra ya campaba, bastante mal a causa de lo oscuridad, desde dos horas antes, en estrecho valle, cortado a dos kilómetros por colinas y zanjones abiertos en gran parte de la región por las aguas del cielo. Al amanecer se vió que varios cuerpos orientales estaban delante de la infantería y algunas piezas de cañón detrás de ésta.

Escritores de los tres países sostienen que antes de dar vuelta, Alvear iba huyendo ¡cómo culpar a Barbacena porque creyese la propio! no para espejismar al marqués, sino para salvarse o pelear en otros sitios. El hombre, que de antes conocía

el campo de Ituzaingó por haber residido en sus alrededores, afirma que todo fué por él con estrategia dispuesto: el abandono de ciertos lugares, la retirada, la aparente fuga, el simulacro de vadeo, la elección del campo, la victoria. Andaban en sus labios, alternantes, verdad y mentira y no se le quiere creer. A nuestro juicio, aunque nada conocedores de operaciones militares ni de aquellas tierras quebradísimas, como que son inextricable red de serranías y arroyos, él dió su batalla en el momento oportuno, dónde quería, en el mejor terreno que pudo, y no dónde y cuándo el marqués hubiese deseado. Jugó a un solo golpe, es verdad, pero tenía los dados cargados.

Al frente, alturas dominantes, se dice; a los flancos, tierras accidentadas. Si el terreno le resultaba desfavorable, no lo era menos a su rival. ¿Huía? ¿Huía y reaccionó ante el atajo del río? O bien, su estrategia la ocultaba aún a sus mejores jefes? Hombre paradojal, versátil, inquieto, mas no es creíble mandara a Iriarte, de buena fe, pasar artillería por donde no hacían pie los caballos. Tal no hiciera el más bárbaro de los generales y menos este ingenioso imaginador, que años antes, aprisionara a dos mariscales, uno de ellos todo un señor capitán general, y a una nube de generales y coroneles, y rindiera la mejor plaza fuerte española de las Indias Nuevas, sin disparar un tiro. Que la operación de irse hasta el río era atrevida, no hay duda. Y esto rima con el temperamento del vencedor cuya proverbial audacia no hallaba par en estas tierras.

Propia de idiotas y a la vez de genios la gran audacia; sólo que el idiota es audaz de puro bruto y

el genial por seguro en el manejo de sus medios. Y los de Alvear superaban en perfección y acaso en cuantía a los del marqués.

No le amedrentaban riesgos. Buena y mala fortuna habiánsele mostrado en su enormidad, unas veces levantándolo al disco de la luna; otras, botándolo a los cuernos de un toro.

Podía darse el lujo de engañar a un viejo aristócrata que a saberlo con 9000 hombres, o sospechando tuviese el tiempo medido, como el astrónomo que espera ante su lente el pasaje de un astro, no lo buscara.

Su habilidad estuvo en forjar acción de corceles, puesto que su caballería, mandada por las primeras espadas del mundo en aquellas horas, por su efectivo y práctica garantizaba la victoria.

De San Gabriel al Paso del Rosario hay siete leguas. El marqués no se apresuró a correrlas y cuando quiso acordar se encontró con la batalla.

Sus auxiliares de más nerviosa actividad y como si dijéramos ojos y tentáculos de su ejército, los Bentos y Abreu, tenían a empeño las acciones parciales en las que el gaucho hace gala de destreza en la equitación y de coraje individual — a lo caballero andante — importándole poco la suerte de las otras armas. Al amanecer, los jinetes lavallejeanos avistaron las primeras fuerzas enemigas, en lenta marcha, tan sin cuidado como en tiempos de paz. Abreu sigue despacio; despacio, sin cuidarse de lo que ve. Ve sólo, en los perfiles de las lomadas, lo que todos los días: tal cual gaucho guerrero. Y nada avisa a Barbacena. Su convicción es, de seguro, que Alvear, más allá del Paso, huye a marchas forzadas.

El barón no divisa ejército alguno, pues el nuestro alienta en la hondonada.

A las 5 de la mañana, Alvear que ha proclamado a sus tropas, marca a cada jefe su puesto. El primero que ha de atacar es Lavalleja que forma en una cuchilla con el batallón núm. 5 y la división Laguna. Los otros cuerpos recién a las 7 entran en línea; en cuanto a la artillería e infantería, tienen que dar un gran rodeo y sólo a las 9 ocupan posiciones.

Entre tanto, a las 5 1|2 de la mañana, ha hecho alto el ejército imperial, a tiro de cañon, en unas alturas, iniciándose el áureo fuego de guerillas.

Toma la palabra la fuerza

Más de hora y media tardan los imperiales en arreglar su línea; su ala izquierda córrese, después de formada, por más de 20 cuadras para ligarse al centro. La manda el portugués Callado, hombre intrépido que ha ido desde la plaza de Montevideo al ejército de Barbacena (1). Alvear nota ese movimiento y llega a galope hasta Lavalleja. El reloj de los jefes marca las 6 1|2. Llega y le ordena cargue de inmediato a la izquierda enemiga, más o menos

(1) Las fuerzas de Callado se componían de 2 batallones de infantes, 4 regimientos de caballería de línea y dos brigadas de la misma arma, mandadas por su jefe de vanguardia, mariscal Abreu.

arremolinada por el movimiento que le imprime Callado. Vaya, que es la victoria! debe decirle, lleno de impaciencia. Y el Páez uruguayo le contesta estar dispuesto a cargar «pero que sería bueno que le pusiera una reserva por lo que pudiera suceder».

¿Qué es esto atropellador don Juan Antonio? ¿Cómo él, el capitán general, que iba vociferando: —Los orientales primero! pide ahora reservas, si tiene en el puño lo menos dos mil hombres, fuerza mayor que la caballería contraria? Única explicación: querer echárselas de capitán general y mandar indirectamente a quien lo manda. Alvear, sin insistir, ordena a los regimientos 8 y 16 de lanceros, se pongan a las órdenes del caudillo y parte hacia el centro para organizar el tercer cuerpo. Entretanto, Callado realiza sin molestia su maniobra audaz. Con razón llamará Paz a Ituzaingó «la batalla de las desobediencias».

A eso de las 7 1|2 los imperiales dan principio a la acción, rompiendo fuego de artillería contra el batallón núm. 5 y los jinetes de Lavalleja y Laguna, llevándose una de sus balas la cabeza del comandante Besares. Los cañones patrios no contestan, por no estar en posición.

Lavalleja ha cargado arrebatadamente, hacia la parte de Callado; Oribe, que va en el centro de la división con el núm. 9, atropella a un cuerpo de a pie, es doblado, vuelve grupas y determina la media vuelta del resto de la división. Mientras huye arráncase las charreteras y las arroja al suelo. Díaz consigna la versión según la cual habría gritado no querer mandar tales tropas, más añade con honra-

da mano: «El ejército no creyó que ese fuera el verdadero motivo, sino el de evitar que el enemigo que lo perseguía se dirigiese a él en vista de aquellas insignias».

Notando Alvear que el enloquecido barón de Cerro Largo corre victorioso a su campo, suelta en su contra a Olavarría. Y allá van Olavarría y reorganizadas tropas lavallejeanas, llevándose todo por delante. Olavarría, «maniobrando como en un día de parada» (1), Medina y otros atropellan, lancean, rajan, amedrentan, vencen y persiguen a los famosos jinetes del Río Grande, hasta arrojarlos sobre los cañones. Callado que permanece firme, viéndose con la derrota encima, grita al perseguido barón que se detenga; el barón no oye y entonces el serenísimo jefe de la izquierda ordena ¡Fogo! «contra la masa de amigos y enemigos» (2) que estruendosamente va a envolverlo. El mariscal, que viene herido, cae. Cae dos veces: en la muerte, matado por balas brasileñas, y en otra peor muerte, impuesta por labios brasileños, en lo cual hay exceso, pues fuera de esos instantes de pánico, su conducta siempre fué valerosa. Abrasados por las descargas, nuestros jinetes ábrense a la derecha, en persecución de otros jinetes, y Lavalleja, con su picardía gaucha, llegado a espaldas del campo enemigo, pone fuego a los secos pastizales y secos penachos de espadaña.

Es «el incendio lanzado en medio de la lucha»,

---

(1) Parte de Alvear.
(2) Parte de Callado.

completado por los tacos de cañon, mientras el viento corre «de oriente a poniente» (1).

Nuestra artillería, interceptada durante rato por los jinetes de Laguna ha hablado al fin. Sus 16 cañones hacen fuego con impunidad y casi no se oye otra cosa que su charlatanería. Nuestros infantes, excepto el núm. 5 que cruza sus fuegos con los tudescos, permanecen junto a las piezas, sin hacer nada, sin sufrir nada. Alvear tiene tropas de sobra. Su mismo estado mayor, anda en el Paso del Rosario, arreglando hospital y parque y no viene al campo de batalla hasta pasado medio día.

Lavalle ha arremetido contra la derecha, dos regimientos de milicias del Rio Grande con 2 cañones, y se ha llevado de corrido a estos jinetes, con sú caudillo Bentos Gonçálvez, hasta más allá de la retaguardia.

En el centro imperial (2) están su jefe Barreto, Brown y el marqués. De él, desde temprano, hánse desprendido, 3000 veteranos: 3 batallones, 3 regimientos y 2 piezas de artilleria, mandados por el ardiente coronel Leitao Bandeira. Cruzan el campo haciendo fuego, resueltos a penetrar como una cuña en nuestras filas. Alvear aun no ha echado

---

(1) El viento soplaba del Norte, dice Díaz. No sería extraño, dado el estado tormentoso del tiempo, la estación y la latitud.

Lo extraño es el desacuerdo de los actores hasta en esto de los fenómenos naturales, bien que un prurito conciliativo pudiera argüir que a poco de comenzada la pelea el Norte se mudara en Este o viceversa.

(2) Otros le llaman derecha. Se componía de 3 batallones de infantería, 4 regimientos de jinetes y 6 piezas.

infantes al quemadero. Ya sus guerrillas han cedido. Ahora o nunca!

El hombre anda apurado, buscando restablecer la suerte de las armas. Multiplica su actividad; a un jefe alienta, a otro apostrofa, acude al foco volcánico; a una batería que permanece muda, por error de Soler, que ha tomado un batallón enemigo por propio, a causa de la semejanza de sus trajes azules, le hace romper fuego. ¡Listo, muchacho, listo! y el artillero así apresurado da fuego a la mecha.

A Brandsen le manda decir cargue en línea recta a la columna de Leitao, desconcertadora y erguida como una serpiente. Los dos cañones de Mallet, vienen como en la diestra de Zeus. Bravos avanzan los lanceros tudescos y los demás tudescos y todos, inflamados por su ígneo coronelito.

Salvaron ya el primer zanjón, que los separa de nuestro campo, y pisan ya el segundo. Estarían triunfantes si Callado arrimara el hombro; pero Callado, aunque sin ceder a las armas blancas, no se puede mover, atropellado de continuo por las cargas de los jinetes (1).

Brandsen contesta que una carga de frente, estando el contrario protegido por un pantano y un zanjón, será destrozar en vano los escuadrones.

Nuestro general pica espuelas y de un galope se planta junto al jefe y le grita:

—Coronel! Cuando el emperador Napoleón daba una orden sobre el campo de batalla, ninguno de

---

(1) Leitao se sostuvo, peleando con grandes bríos. Pasadas las 12, llevó un ataque formal, como para copar la artillería, rumbo a los altozanos.

sus jefes la observaba aunque supiese que iba a morir.

Sigue un épico diálogo (1) y parte a galope el regimiento. A la cabeza Brandsen, a su lado Alvear, el pecho saliente, la espada en la diestra. A medio camino, sin parar, el coronel advierte: Este es mi día general. Yo mando el 1º.

—Y yo mando el ejército replica el más responsable de los dos y voceando ¡Adelante! se vuelve. Sin la protesta de Brandsen, van los dos a la muerte.

Partida ganada

Leitao se ha detenido. Los escuadrones ruedan vertiginosos por un leve plano inclinado, derechos a las bayonetas, con tronar homérico. A pocos pasos, cerrada descarga los desordena. Cae el coronel, volteado por veinte balazos, vociferando ¡Carguen!

---

(1) Según referencias íntimas del general Díaz, el diálogo no habría sido precisamente un modelo de culta literatura, consignado con carácter « oficial », por así decirlo, en las « Memorias » de los actores.

Alvear, irritado, habría dicho:

— Si usted tiene miedo, yo cargaré.

— Miedo no! habría contestado con tonante voz el bravo francés, poniéndose a galope, de cara a la muerte. Y todavía, viendo al general galopar a su vera, le diría:

— Usted está demás. Y quizás aún, yo me basto y me sobro!

El diálogo, de ser exacta esta versión, tuvo simplemente el color natural y bizarro de las cosas humanas.

El torbellino vacila, embiste, se revuelve, retrocede. Aquí y allá y más lejos, los pastizales restallan incendiados.

Leitao ha hecho cuanto ha podido en honor de sus banderas y viendo por un lado las lenguas de fuego de los pajonales y por otro dibujarse nuevas cargas, pues Alvear anda escalonando escuadrones, cede el campo.

Lavalleja ha deshecho la caballería de un ala, con el eficaz refuerzo de Olavarría; Lavalle la de la otra. Bastante han hecho en la última, los jinetes de Gonçálvez con haber antes rechazado las atropelladas de Paz (1).

Evidentemente Brown es un general incompleto. Mientras él maniobra con sólo una división, que es como pelear con un brazo, Alvear en todas partes hace sentir su plenitud intelectual. No deja a nadie cortado o inactivo. Uno diríase la luna; otro, el sol. En la reserva, Alvear; entre los cañones, Alvear; ya se le ve en una colina, ya en otra; ahora con su anteojo, que tanto disgusta a Lavalleja; luego en el llano, a la cabeza de una carga.

El marqués, frustrado el conato de Leitao, emprende retirada. A las 2 de la tarde, va el cuadro de Bandeira, a media legua, perseguido por nuestro centro, en retirada hacia el Caciquey. A esa hora, muévese Callado, hostilizado por las pocas lanzas presentes en el campo. Pocas. La mayoría anda en un revuelo de presa. Jinetes orientales van quemando los pastos al frente de Callado; Paz, lo

---

1) Sería necesario oir a este eminente testigo.

ataca de flanco, sin suceso. El portugués, con sus escasas fuerzas en cuadro, a ratos se para y se defiende como el águila mutilada de Dostojusky y, aunque atropéllado, levanta heridos, recoge munición y tumbados cañones que nuestros gauchos abandonaron patas arriba, después de haberlos reducido a silencio y sacarlos a lazo de sus líneas (1). Van los vencidos por medio del campo «hecho un volcán» (2), donde apenas se puede respirar y lagrimean los inflamados ojos.

A las 4 hacen alto los nuestros y Barreto lo mismo. Nuestra artillería le manda una granada y la vencida gente rompe otra vez a andar.

A las 5 cesa la persecución, pues el cansancio de los nuestros los voltea y por otra parte ni Lavalleja ni Lavalle ni Olavarría, ni otros jefes de jinetes, si exceptuamos a Paz, han hecho caso a las insistentes órdenes de unirse al centro para seguir la persecución. Verdad que las caballadas tampoco valdrían gran cosa, cuando el mismo Alvear nos dice que en la batalla «más de 1000 hombres estaban montados, en vez de caballos en esqueletos». Debía ser una legión conmovedora la de esos mil caballeros en sus espectrales cabalgaduras.

Retíranse los imperiales hacia el Río Pardo, «país todo cubierto de bosques y de sierra», en el decir de Alvear, quien atribuye al brasileño 1200 muertos y la pérdida de 10 cañones.

Barbacena calcula aquéllos en 170 y en otros tan-

---

(1) Sólo una pieza cayó en nuestro poder, y esa tenía una rueda rota.

(2) Parte de Callado.

tos sus heridos y prisioneros. Exageración de ambas partes. Tal vez esté en lo cierto el señor Iriarte al estimar en ocho centenas las bajas contrarias (1). El habla de un solo cañón como trofeo. Nuestro general declara haber perdido 400 individuos (2).

VERSIONES DE LOS GENERALES DEL IMPERIO

Barbacena, en su sereno parte, se confiesa vencido. Su vanguardia, compuesta de veteranos, buenos «para pelear a pie y a caballo», huyendo desde el principio con su jefe y yéndose sobre Callado, dejó a éste en situación comprometida. Muy loable la conducta de los infantes; plausible la de Gonçálvez y sus lanzas. No lo mismo la de Ribeiro, derrotado por su propio temor, sin probar fortuna. También nuestro coronel de artilleria «perdió la presencia de espíritu, de tal modo que se escondió bajo un carro de municiones.» «Estuve a punto de fusilarlo allí mismo». Pero el marqués, alma marcoaureliana, halló preferible, ante tamaña debilidad, asemejarse a cualquier impasible árbol de los contornos.

---

(1) Alvear hizo poquísimos prisioneros.

(2) La lista nominal del jefe del Estado Mayor republicano, fija estas bajas en 397. Omite las de los 4 cuerpos de infantes, diciendo que fueron pocas. Las tropas más castigadas, carne de lanza, fueron las «Milicias de Maldonado» El regimiento de Oribe sólo tuvo 13 muertos. Díaz calcula las pérdidas brasileñas de 900 a 1000 bajas, de las cuales 716 muertos.

Brown asegura que los imperiales no creían a Alvear a este lado del río. Alas 6 a. m. lo hallan «en buena posición estratégica», dos leguas para acá del Paso. Al silencio del señor Abreu, débese el repentino encuentro. Un profundo zanjón y un foso natural nos separan. Queda así nuestro frente defendido, no nuestros costados, accesibles a toda arma. Suponiendo al contrario sin la totalidad de sus fuerzas, le echamos a Callado, que casi atraviesa el bañado, pero notando la superioridad de sus tropas, nos ceñimos a la defensa.

Procura el enemigo ganar las alturas de nuestra espalda; para impedirlo, cruzan el valle la caballellería de Barreto y tres batallones con Leitao quien, después de obligar a los jinetes rivales a buscar refugio bajo sus cañones, vése compelido a retroceder. Emprendida la retirada, abandonamos muchos heridos, por faltar parihuelas, y no pocos bagajes por haber huído los peones.

Habla después Callado, al que los gauchos mantuvieron en terrible apretura. El fuego de cañón inicióse entre 7 y 8. El señor Abreu atacó con jinetes y una pieza; pero su gente «no recibe la carga» y abandonando la pieza «cae con fuerza desordenada sobre mi cuadro». Entonces se oye aquello de ¡Fogo! contra la masa ululante, erizada de lanzas. Barbacena nos manda reforzar a Barreto y lo hiciéramos si en tales instantes del infinito tiempo no hubiese 10 escuadrones en camino para atacarnos. Tratan los rivales de romper nuestro cuadro. Los esperamos y, a corta distancia, los fusilamos y desbandamos. Un regimiento los persigue. Va con él su jefe y yo, Callado, junto á él, para infundir ánimo a la tropa.

CARNE MUERTA

La noche de la victoria, los vencedores acamparon a la vera del Paso, pues el campo de batalla ardía (1). Paz que lo cruzara bajo las miradas del Taurus, volviendo de perseguir vió el cadáver de Brandsen, desnudo, saqueado por la canalla, y piadosamente lo hizo tapar con lo único que había: un montón de caronas. En «medio de aquel mar de llamas que por todas partes formaba horizonte» (2), a eso de las 10 de la noche, vieron los nuestros, «en un pequeño retazo, aun no quemado», varios heridos del enemigo abandonados de Dios y de los hombres, en su islote batido por un mar de fuego, moviéndose «penosamente de una a otra parte», y ¡ay! nosotros nada pudimos hacer sino apartar los ojos con horror de aquel cuadro dantesco.

Sólo 11 heridos adversarios fueron recibidos en nuestros hospitales de sangre. El resto, o los levantaron los suyos o perecieron entre las llamas o acabaron «despenados», como algunos de los nuestros, a manos de peones y chusma de nuestro bando (3).

---

(1) A las 8 de la noche retornaban los nuestros y a la 1.30 detenianse en la margen del Santa María. No habían probado agua en todo el día.

(2) Díaz.

(3) «A tiros» dice Antonio Díaz: El degüello no se practicaba en el Plata. Se empezó a practicar cuando lo impuso como sistema — en varias formas y con pintorescas nomenclaturas — su ilustre propagandista, Rozas.

La misma chusma de los asesinatos se dedicó a despojar de sus ropas a muertos y heridos, y también a los que batallaban lejos de sus equipos.

El 22 los vencedores desfilan delante del campo de batalla. Por donde quiera se divisa montones de cadáveres infectos, en un trocito del planeta cubierto de negras cenizas, bajo el vuelo de sucias aves rapaces. El desfile dura tres horas. Desfile sombrío, levantando al pasar alas de pájaros nictálopes y desapacibles chirridos. Caballos mutilados, que se libraron de las llamas, alzan las pesadas cabezas al oir pasos y relinchos ¡oh profundo instinto vital! hacen un esfuerzo para seguir a los otros y de nuevo caen sobre la tierra.

De trecho en trecho, montones de ceniza, «como pequeños monumentos» que el fuego hubiese erigido «en memoria de las víctimas», «restos de carros enemigos». La visión es terrible y en los ojos inteligentísimos de Antonio Díaz queda para siempre «aquel negro páramo». En un «charco de sangre», cañada arenosa respetada por el incendio, yacen numerosos cadáveres de una y otra bandera, mezclados con bestias, hermanados en el común infortunio, en la hora trágica del delirio, rodeados de un cinturón de llamas.

Después del triunfo

A los pocos días de la victoria, los soldados de la República, a pesar de haber levantado más de 12.000 caballos, se hallaban poco menos que a pie. Muchos, para no agotarlos, conducíanlos de la brida.

Los «mancarrones» (1), atormentados por los tábanos, y ese otro gran tábano, el Sol, estaban cubiertos de mataduras. Caballos sin herrar, de vaso durísimo, mas no tanto como el pedregoso suelo, con el peso de los jinetes, las pésimas monturas, las marchas sin reposo, el hambre, la falta de cuidados, se comprende que se perdieran 500 al día. Casi a pie los soldados y sin yerba, ni siquiera sal.

A su retaguardia, cuando invadieron, marchaban incalculables merodeadores, buitres, gavilanes y chimangos humanos. Los había orientales, correntinos, entrerrianos, portugueses, españoles y hasta alemanes rubios y rojizos ingleses, todos los cuales, ganada la acción, diéronse al robo de hacienda y a crímenes de sangre, incendio y lujuria, por manera que, a causa de tamañas brutalidades, las familias huían a la aproximación de nuestros soldados, precedidos de siniestros rumores más veloces que los jinetes.

A los malhechores pronto se juntaron partidas de «milicos», aficionados a golpes de mano y guerra de grupo, desertores a los ojos de la disciplina. Comisiones esparcidas por la Banda Oriental, llevaban encargo de prender a tales sujetos, reclutar esclavos fugados del imperio, «destinar» vagos al servicio, sistema abandonado el día que la vagancia fué convertida en instrumento electoral e industria política, y, finalmente, adquirir equipos, otorgando certificados a razón de dos vacas por caballo.

Naciendo la deserción de la miseria y carestía

(1) Caballos casi inservibles, en el decir gaucho.

casi fabulosa de los artículos más precisos, el general se mostraba poco severo (1).

Había designado a Soler jefe de la Banda Oriental, no tanto para recompensarlo, cuanto para que le enviase recursos, pues meditaba conquistar las ciudades costeras del Río Grande y de este modo imponer la paz al imperio.

En San Gabriel escaseaban ganados y forrajes, debido al rigor excepcional de aquel verano y al vario pasar de los ejércitos, lo cual condujo a nuestras tropas a las cercanías de Corrales, de claras aguadas y abundante gramilla. Aquí recibieron caballos en estrecho número, de la comarca donde Soler dijérase un procónsul autónomo. Rivadavia, sin poder enviar una lanza, ponía su pensamiento en finiquitar la guerra del Este y trasladarla al campo de los federales. Convocó, pues, un consejo de personajes. Pueyrredón, el ex Supremo Director, opinó por la continuación de la lucha, convencido de que el emperador, al tanto de las dificultades de la República, no habría de querer soltar la Cisplatina, como así sucedió.

Poco antes, Alvear poníase en movimiento y entre espesas lluvias avanzaba hasta el Pirahy, copando a Bagé, cerca de la cual vivaqueaba Barreto. Durante tres días, en plena tormenta, anda a tiros en la región del Camacuá. Estando en la sierra, trata de sorprender al grueso de los imperiales y al venir de una noche, sale en profundo silencio con buen

---

(1) «Muchos oficiales, decía en comunicación oficial, están completamente desnudos y con el uniforme sobre las carnes.»

golpe de lanzas. Protegen su tránsito las neblinas de abril y envueltos en sus blancos vapores, trepando enhiesto desfiladero, van a caer por estrechas gargantas al valle rodeado de cerros, donde los contrarios acampan, poniéndolos en fuga. La excursión por los montes dura del 22 al 26. Llueve en todo ese tiempo.

Mostrando los codos

En vista de la desolación del país, aplázase la marcha a las costas y nuestro guerreros levantan sus tiendas en el Cerro Largo. El ejército presenta el aspecto andrajoso de una caterva de mendigos. Es en el frío mes de junio, cuando las descarnadas ramas de los árboles se inclinan al Norte, batidas por los vientos del Sud, y el rayo corta los cielos y el frío las carnes.

Dura estación, y ellos casi totalmente desnudos, «en términos de verse los soldados en la necesidad de abrigarse de la intemperie con las pajas del campo». A uno de los batallones, al 5, se le ha mandado campar «dentro del monte», a media legua del pueblo, «a fin de que los habitantes no presencien el espactáculo que ofrece la completa miseria» de esos hacedores de patria. Son de raza blanca, en su totalidad, estos hombres del 5, veteranos de la independencia

del continente. Su mismo comandante, al través de cuyos ojos estamos contemplando este cuadro, Antonio Díaz «hace ya cuatro meses que no tiene camisa», siendo todo su abrigo, en el pluvioso, ventoso y nevoso junio, «una casaquilla de cazador, rota en muchas partes, un pantalón de brin, igualmente destruído, y una gorra de paño, rota y sin visera.»

Paz consigna que muchos de sus oficiales, semidesnudos, no salen de día de sus carpas, porque la decencia se lo impide.

Desde el Cerro Largo, de cuando en cuando, penetran en el país brasileño, ahora guardado por el conquistador de la Banda Oriental y sucesor de Barbacena, rápidas bandas de jinetes. En una de esas correrías, en un encuentro junto al Yerbal, captura Lavalle al caudillejo Yuca Teodoro. Yuca, enviado a Buenos Aires, recibe el trato humanitario con que allí se gana a los vencidos. El prisionero recibe del Estado, si capitán 4 reales al día, y en proporción los demás hasta la tropa, y abundoso rancho, y los saludos y el respeto de la población. Duele anotar, por muy distinto, el proceder del imperio, cuyas gentes endurecidas en el trato de esclavos, consideran poco menos que a tales a los guerreros puestos por el azar en sus manos, arrojándolos a los ardientes y fétidos calabozos de Porto Alegre, en compañía de delincuentes, negros y mulatos viciosos.

En julio renunciaba el presidente Rivadavia, obligado en mucho por el fracaso de las negociaciones de paz. Habialas insinuado Ponsomby, dando a entender que don Pedro I consentiría en la independencia oriental. El embajador enviado a Río

puso las cosas peor que estaban (1) y su regreso fué la señal de la caída de los unitarios y de su general en la guerra del Este.

En las viejas Misiones

No bien hubo subido al poder el sucesor de Rivadavia, presentósele Fructuoso Rivera con un proyecto de invasión a Misiones. El gobernador, aunque contrario a nuevos hechos de armas, consultó el caso a Lavalleja, nuevo generalísimo pero halló tan desconsiderada oposición que no hubo forma de insistir.

---

(1) El enviado García había suscrito en el Janeiro un tratado por el que la República renunciaba a todo derecho sobre la Banda Oriental. Rivadavia cree y así lo hace saber en acuerdo de ministros, el 25 de Junio, que tales estipulaciones « destruyen el honor-nacional y atacan la independencia y todos los intereses comerciales de la República ». Y manda se convoque al congreso y ante el repele — es su verbo — la convención García, que duele más que una derrota, y renuncia, pues « no puede hacer la paz ni continuar la guerra ». El congreso considera el tratado como un « incidente ominoso » y lo repudia. La población de Buenos Aires no tuvo inmediato conocimiento de los hechos, pero al saberlos, « fué tal y tan general la ira que dicho señor García tuvo que esconderse » para evitar que lo lyncharan « y su secretario hubo de perder la vida en el café de la Victoria. »

Las instrucciones a García, dadas en Abril, eran para una paz honrosa, debiendo el Brasil devolver la Banda Oriental, o consentir en su independencia, no exigiéndose en este caso, compensación por ninguno de los beligerantes.

Entonces el caudillo lanzóse a la acción con un puñado de compañeros notificando ese paso a don Juan Antonio, a título de subordinado suyo. La respuesta no se hizo esperar: Abandone usted el país en el plazo de cinco días o preséntese solo en este cuartel general, o más bien prisionero con el ayudante portador de la nota. Un 6 de marzo era impartida la orden y al siguiente día galopaba el pálido Oribe en pos de Rivera y al pasar por el Durazno publicaba bando de muerte contra cuantos lo auxiliasen o siguieran. Muerte en el término de dos horas.

Pasados cinco días, el término se reduce a 15 minutos, haciendose extensiva la pena a los chasques o devoradores de espacio. En todos los parajes visibles manda el halcón fijar su lúgubre graznido (1).

El rumor de la «patriada» corre hasta los antiguos soldados del perseguido. Para seguirlo, se sublevan en las costas de Averías, los « Defensores del honor nacional». Cae sobre ellos don Manuel Lavalleja, el hermano gaucho del prócer, y como no deponen las armas y piden pasar a Entre Ríos y abandonarlas al vadear el Uruguay, los arremete y los mata.

---

(1) La orden de perseguir a Rivera y acabar con él, emanaba del ministro de la guerra, de Dorrego. En una situación de difíciles equilibrios políticos, no era sensato desagradar a Lavalleja, partidario real o aparente de la incorporación de su provincia a las restantes, para hacerle el gusto a un caudillo en desgracia y cuya aventura, sin ayuda de nadie, debía considerarse, por cualquiera que no fuese loco, destinada al fracaso y a aminorar las ventajas alcanzadas.

Corriendo abril, oficia Fructuoso a Dorrego, desde Haun, orillas del gran Ibicuy, «haber llegado a las márgenes de este magestuoso río». Llegan. El azufrado Oribe a la espalda.

A la otra banda, gente enemiga. Felipe Caballero, uno de los capitanes aventureros, cruza a nado las aguas, «las pistolas atadas a la cabeza».

Gran raza ésta de Caballero, que, con 80 espadas, saliendo de las olas, hace de los contrarios, señores del paraje, tendal de muertos, montón de prisioneros, carrera de fugitivos. Respetaban la vida de los demás, estos gauchos, como tropas regulares, por buenos. El comandante imperial también pereció. Había disparado su pistola a boca de jarro sobre el capitán riverista, y un sargento lo cosió a puñaladas antes de que se le pudiera hacer una seña.

En seguida la diminuta banda guerrera avanza en tres divisiones: la de Caballero, a San Francisco; la de Bernabé Rivera, a San Borja; la del general, camino de la Sierra, en pos de Alencastre. En el Boquerón de la Sierra, pilla Fructuoso más de cien prisioneros; por el camino, armas, dinero, municiones. Alencastre, huye que huye. Fructuoso, o don Frutos, como sus contemporáneos lo nombran, no para una hora. Cinco días y cinco noches de marcha.

Dormidos sobre sus caballos, van de noche los gauchos. Rendidos de hambre y cansancio, paran al fin en la Cruz Alta, alucinados de sueño y de ensueños. ¿Comida? Comida no tienen y se comen sus caballos.

De vuelta, el general envía un estandarte del

imperio ¡como enorgullecía a nuestros antepasados la presa de enseñas! a Buenos Aires, con un chasque (1), escapado no se sabe cómo de la garra de Oribe, clavado en el Paso del Higo para fusilar a todo chasque (2).

Dorrego, vistos los resultados de la aventura, apresúrase a denominar «Ejército del Norte» a los vencedores, y desarrapados misioneros plegados a «la causa», y a enviarles un nuevo general, oficiales y tropas. Frutos, que en todo mayo ha conquistado las viejas Misiones, no se deja sustituir y sólo con la firma de la paz abandona aquellas comarcas agrestes.

En el ocaso de la guerra

En abril de 1828, la guerra languidecía en el Este y Lecor consultaba al general republicano si debía entenderse por suspensión de hostilidades la intención de Pedro I «de sustentar la independencia oriental», contestándole el último que nada autorizaba semejantes conclusiones y que él, por su parte, sin órdenes en contrario, tendríase por beligerante, y tal se mostraba, capturando en los pasos de los

(1) En el Plata decimos chasque, no chasqui.

(2) Cinco de estos infelices se fusiló, uno tras otro, el sulfúreo coronel, apoderándose de los oficios que conducían. Es de advertir que todavía el coronel no había aprendido a degollar.

ríos guardias que se negaban a pelear, obedeciendo mandatos del vizconde.

¿Paz o guerra? Partidas orientales íbanse allende el Yaguarón a saquear estancias indefensas. Nuestros soldados, sin el fuego de acciones heroicas, se destemplaban y caían en la desmoralización y el reniego, por cuya causa Lavalleja decretaba penas enormes, desde carrera de baqueta hasta horca, para crímenes, delitos y contravenciones de carácter militar-religioso.

El primer artículo de su especie de código droconiano-torquemadesco, decía: «Todo el que blasfemare el santo nombre de Dios o el de su adorable Madre, o que insultare la religión, por primera vez sufrirá 4 horas de mordaza, atado a un palo, en público, por el término de 8 días; y por segunda vez, será atravesada su lengua con un hierro ardiente y arrojado del cuerpo».

Después de esto ¿es maravilla pene con la muerte el salir de las filas? Igual castigo, de ser «pasados por las armas», a los conspiradores y sediciosos y a los que sabiendo de conspiraciones y sediciones no las delaten en seguida. «Los que levanten el grito en cualquier asunto, aunque sea por el prest, vestuario o socorro», diezmados, y el primero que gritó, fusilado. Fusilado «sin entrar en suerte.» No hallándose éste, todos sorteados «para que muera uno allí mismo, y después los libres entrarán al diezmo». Insultar a un superior, «aunque sea con amenaza», muerte. Ni los pífanos y clarines, ellos tan sonoros y alegres, si faltan al gordo tambor mayor, aunque sea con el pífano, eluden estas tablas de sangre. «El que pida gracia por un reo de muerte, morirá.»

«El que insultare a la justicia», muerte. Pocas veces, digámoslo, la imbecilidad ha llegado a tan sublimes alturas. Sin embargo, debemos creer, a pesar de tanta sangre y en honor de los sentimientos humanos, que el hombre tan sólo se desfogaría en amenazantes truenos.

En el mar

En el mar se peleaba desde Maldonado a Martín García, habiendo la República creado escuadra con buques mercantes y tripulación heteróclita: gauchos, malevos, yanquis, ingleses, franceses y jóvenes de solar conocido. Yanquis e ingleses, con su correspondiente «gin», tampoco faltaban en la marina del imperio.

Al disponer de algunos barcos, atacó Brown la Colonia, con pérdida de 4 de ellos. Un segundo ataque le valió Martín García. Tentó, así mismo, atrapar con dos naves, cierta hermosa fragata, mas habiendo equivocado la presa, hubo de pelear contra una escuadra, en la bahía de Montevideo, donde se metiera de noche.

Sorpresa fué ésta tan disgustante al emperador que ya no quiso oir el nombre de su almirante Lobo, carraspeante portugués, y lo despidió del comando,

Desde entonces la flota adversaria formó 3 divisiones: la de Montevideo, al mando de Pintos Guedes barón del Río de la Plata; la de Northon, para el bloqueo de Buenos Aires; la de Senna Pereira, destinada a vigilar el río Uruguay.

Varios combates riñó el viejo marino de la República en el paraje de los Pozos, comprando éxitos con moneda de astucia, como la vez que aliado a las sirtes, allí mismo, con dos barcos se atrevió a 23 y los forzó a la fuga.

Mediando agosto, estaba a la espera de navíos comprados a Chile.

Mala estación agosto en los mares del Sud, tan mala que aquellos, excepto uno, naufragaron sin tocar el Atlántico. Mas no era eso motivo para que nuestro almirante dejara de cumplir la orden de efectuar un crucero por el mar enemigo, y así aproó al Este y luego al Norte y con el chiste natural con que a los 80 años, en trance de muerte, diría a su esposa viejecita: «No hay de que aflijirse: voy a cambiar de fondeadero», llegado frente a la metrópoli imperial, declaróla bloqueada ¡bloqueada por un solo casco, la *Sarandí*! y aun le tiró sus cañonazos.

Cosa igual hizo con Santa Catalina, al regreso, y con Río Grande, y al año penetró en el Plata familiar con crecido acompañamiento de presas: zumacas cargadas de efectos comerciales, lanchas, goletas, patachos de pesado andar y hasta un navío de 18 cañones.

Por ese tiempo, Senna remontaba el río Uruguay y Northon apretaba el bloqueo.

Pero ¿que le importa a Brown tanto blanco velamen? Tan poco, que sale a torear al primero y cuando lo pone furioso, a la altura de las islas Dos Hermanas, ciérrale el paso y lo conduce a la muerte.

Los imperiales, envueltos en humo, embican y queman 3 barcos; dos huyen; el resto se entrega. Tal la acción del Juncal.

Algo después, en aguas de Quilmes, ataca a otra flota. Mientras pelea, viene de la Colonia una goleta contraria con carga de pólvora. Divísala Brown; la reconoce; le pone los puntos un artillero y la vuela como una bomba con sus desventurados 117 individuos.

La acción de Monte Santiago será siempre famosa en los anales del Plata. Se la podría definir indistintamente: «El picadillo de Northon» o «Northon fabricando virutas», como que lo vemos, durante dos días, con la sistemática obstinación de la sangre en el ojo, ametrallar con 18 naves, iluminadas sus bandas por bélico fuego, este insignificante submúltiplo: 3. De las 3, 2 han encallado. Ennegrecidos de pólvora manos y rostros, se baten en un infierno de ruidos y fuegos sulfúreos nuestros oficiales y marineros. El almirante dijérase de invulnerable e incombustible substancia, yendo, cuando salta el castillo, a mandar desde el puente, y cuando el puente salta, a mandar desde cubierta, chapaleando sangre, mientras la ola se lleva a pedazos sus bajeles.

El más famoso corsario de cuantos contra el imperio se armaran, llamábase en este mundo De Kay

y daba qué hacer en aquellos días (1). Mandaba la *Brandsen*, de 8 cañones, y realizó crucero de un año en el mar brasileño. Pilló buques y más buques y 150 cañones. Sorprendido al volver, en Punta de Lara, peleó soberbiamente contra las 21 naves de Northon.

De la suya, no quedó una tabla. Northon perdió un brazo en la acción.

Paz

Al saberse en Río el rechazo del tratado y la caída de Rivadavia, «el emperador hizo llegar a manos del ministro inglés en Buenos Aires, un proyecto de convención preliminar de paz, firmado por el marqués de Araçati, en 18 de mayo de 1828, por el cual ofrecía como base de arreglo, la independencia de la Banda Oriental. Lord Ponsomby patrocinaba el arreglo. Aceptado, Pedro I púsole su fir-

---

(1) Durante la guerra contra España, las Provincias Unidas habían ejercitado el corso en grande y su bandera flameaba en mares de las cinco partes del mundo. De uno de estos corsarios, dice Restrepo: «El jefe de corsarios Aury, ocupó las islas de Vieja Providencia y San Andrés (1818) dependientes del gobierno de Cartagena. Fortificándose en la primera, hízola el centro de operaciones de todos los corsarios que estaban a sus órdenes, que eran más de 10 buques. Aury y sus tenientes navegaban con patentes y banderas de Buenos Aires.»

ma en agosto y cuentan que dijo en ese acto: «Firmo, porque en el imperio no hay más hombre que el emperador.»

En la tarde del último día de septiembre, marcha Brown a Montevideo en su gloriosa *25 de Mayo*, con la misión de proceder al cange de las estipulaciones. Northon permanece en su fragata, en línea de combate, en la rada exterior. En la dorada luz declinante, avístanse los heroicos competidores: uno manco, otro rengo. La bandera argentina es izada en la nave de mando del Brasil y saludada con 21 cañonazos. La bandera del Brasil tremola en la nave argentina. El espectáculo fraternal, pintoresco, simula muy bien un juego de niños. Niños son los hombres toda la vida y quizá más que el resto de los mortales, estas duras gentes de guerra. Amigos, démonos la mano!— Pero si ya no tengo mano! puede responder Northon. La perdí en esta guerra ¡oh Brown! yme la llevó una de tus balas.— Y esta pata estropeada, puede contestar el ocurrente Brown, hace juego con tu brazo ¡oh Northon! Yo no nací así. La renguera que vez, me la produjo una bala de cañón, en tiempo de los españoles.

ÍNDICE

ÍNDICE

TIEMPOS HEROICOS 5

GUERRA DE LA CISPLATINA 69

Albor 71

El superhombre 74

Al empezar la tormenta 78

Rumores maratónicos. 80

Armas en pabellones y gauchos ceñudos. . . 84

Alvear deshacedor de nubes 90

Sol y fuego. 93

Abejas y moscas 100

Las dos fuerzas 101

Escaramuzas 105

Nuestro general ¿se habrá enloquecido? . . 106

Estrategia 109

Toma la palabra la fuerza 113

Partida ganada 118

Versiones de los generales del imperio . . . 121

Carne muerta 123

Después del triunfo 124

Mostrando los codos 127

En las viejas Misiones 129

En el ocaso de la guerra 132

En el mar 134

Paz 137

Obras de

RAFAEL BARRETT

editadas por la casa

DE O. M. BERTANI

MORALIDADES ACTUALES

LO QUE SON LOS YERBALES

EL DOLOR PARAGUAYO

CUENTOS BREVES (DEL NATURAL)

MIRANDO VIVIR

AL MARGEN

IDEAS Y CRÍTICAS

DIÁLOGOS Y CONVERSACIONES

Obras de

Javier de Viana

editadas por la Casa:

MACACHINES, 2.a edición.

LEÑA SECA, 3.a edición.

YUYOS, 2.a edición.

GAUCHA 3.a edición.

CARDOS

OBRAS

DE

JULIO HERRERA Y REISSIG

EDITADAS POR LA CASA

LOS PEREGRINOS DE PIEDRA

EL TEATRO DE LOS HUMILDES

LAS LUNAS DE ORO

LAS PASCUAS DEL TIEMPO

LA VIDA Y OTROS POEMAS

OBRAS DE ANGEL FALCO

PUBLICADAS POR LA CASA

Ave Francia
(Prosa y verso)

Garibaldi
(Poema)

Vida que Canta
(Poesías)

Breviario Galante
(Poesías)

El Hombre Quimera
(Canto á la aviación)

La Leyenda del Patriarca
(Canto á Artigas)

El Alma de la Raza
(Canto al Lenguaje)

Obras de
GUYAU

Editadas por la casa

El Arte desde el punto de vista sociológico, (2 volúmenes).

Los problemas de la estética contemporánea.

La irreligión del porvenir, (3 tomos).

CATÁLOGO DE LAS OBRAS EDITADAS POR LA CASA DE O. M. BERTANI

CATÁLOGO

DE LA

CASA EDITORIAL

DE

O. M. BERTANI

CALLE RECONQUISTA, 630

(ANTES 195)

MONTEVIDEO

Obras editadas por la Casa

HASTA MAYO DE 1913

Talleres gráficos, "El Arte", de O. M. Bertani

Autores Nacionales

VICTOR ARREGUINE, Lanzas y Potros (cuentos) . . .	» 0.50
» » Estudios Históricos.	» 1.00
ARMANDO VASSEUR, Cantos augurales (poesías) Agotado . .	0.50
» » Cantos del Nuevo Mundo (2.ª edición) .	» 0.50
» » A flor de alma (2.ª edición) .	» 0.30
MANUEL MEDINA BETANCORT, Cuentos al Corazón, 3.ª edición (Ilustraciones de A. Goby)	0.40
PERFECTO LOPEZ CAMPAÑA, Fanfarria de Prejuicios	0.50
EMILIO FRUGONI, Los Himnos . . .	0.50
» » El Eterno Cantar, 3.ª edición (Ilustración de A. Goby)	0.60
ENRIQUE GRUNTZ, En el tálamo del amor (Ilustración de A. Goby) . . .	0.60

ANGEL FALCO, Ave Francia (prosa y poesía) 0.10
» » Garibaldi (poema) . . 0.25
» » Vida que canta (poesías) 0.40
» » Breviario Galante (poesías) 0.60
» » El Hombre-Quimera . 0.30
» » La leyenda del Patriarca 0.50
» » El alma de la Raza (Canto) . . . . . 0.30 » 0.30
OVIDIO FERNANDEZ RIOS, Las Leyendas Milagrosas . . . . . » 0.50
ISIDRO RODRIGUEZ MARTIN, Alma trágica . . . . . » 0.30
ILLA MORENO, Rubíes y Amatistas (poesías) . . . . . » 0.70
EDUARDO GANDOLFO, De Ayer (versos) . . . . . » 0.50
CARLOS ROXLO, El libro de las rimas (en rústica) . . . » 0.60
» » El libro de las rimas (en tela) buena encuadernación » 1.00
CESAR MIRANDA, Las leyendas del Alma (agotado) . . . . . .
JOSÉ L. GOMENSORO, El país que se ama (cuentos) . . . . . » 0 40
DELMIRA AGUSTINI, El libro Blanco (poesías) . . » 0.50
» » Cantos de la mañana . . . . » 0.30

DELMIRA AGUSTINI, Los cálices vacíos . . . . » 0.50
FEDERICO GIRALDI, Mirim (poesías) » 0.10
ROBERTO DE LAS CARRERAS, Suspiros a una palmera (poema) . . . » 1.00
ANDRES T. GOMENSORO, Rumbo al Sol . . . . . » 0.40
MARIA MORRISON DE PARKER, El padrino de Cecilia (novela) . . . . » 0.40
S. GARCIA MALLARINI, Apóstoles Rebeldes (novela) . . . . . » 0.30
GUZMAN PAPINI, Canto a la Sireneta . » 0.20
JULIO HERRERA Y REISSIG, Los Peregrinos de piedra (poesías) . . . . . » 1.00
» » El Teatro de los Humildes (poesías) . . . . . » 1.00
» » Las lunas de Oro (poesías) » 1 00
» » Las pascuas del Tiempo (poesías) . . . . . » 1.00
» » La Vida y otros poemas (poesías) . . . . . » 1.00
MARIA GAUTIER, Apuntes sobre perspectiva . . . . . » 0.40
JUAN Ma. OLIVER (hijo), Los Crepúsculos (poesías) . . . . . » 0.30
JAVIER DE VIANA, Macachines (Cuentos breves) 2.ª Edición . . . » 0.50
» » Leña Seca, 3.a Edición . . . » 0.50
» » Yuyos, 2.a Edición . . . . . » 0.50
» » Cardos . . . . . » 0.50

JAVIER DE VIANA, Gaucha, nueva edición corregida por el autor . . » 0.50
OCTAVIO MORATÓ Problemas Sociales . . . . . » 0.20
OTTO MIGUEL CIONE, Lauracha (novela) . . . . . » 0.50
ENRIQUE V. ERSERGUER, La Anarquía ante la Civilización . . . . . » 0.40
D'ACOSTA e IRISARRI, Liras Hermanas (poesías) . . . . . » 0.50
ISMAEL CORTINAS y WASHINGTON BELTRAN, De la raza (primer premio en el concurso « Homenaje a Artigas ») » 0.15
ALBERTO NIN FRIAS, La fuente envenenada (novela) . . . . . » 0.20
MARIA CROSA DE ROXLO, A través de la vida (Cuentos) . . . . . » 0.40
DOMINGO ARENA, Divorcio y Matrimonio . . . . . » 0.15
L. LASSO DE LA VEGA, El Morral de un Bohemio . . » 0.40
» » El ahijado del Diablo . . . » 0.40
JUAN PICÓN OLAONDO, Policromía (cuentos) . . . . . » 0.50
ALBERTO LASPLACES, Salmos a la Vida (poesías) . . . . . » 0.50
V. SALAVERRI, La locura del Fauno ilustrada con más de 100 grabados . . » 0.50

Bibliofeca Teatro Uruguayo

ISMAEL CORTINAS, El Credo (comedia en un acto) . . . . . » 0.25

LUIS SCARZOLO TRAVIESO, Cabecita loca . . . . . » 0.25
FLORENCIO SANCHEZ, Nuestros Hijos (comedia en 3 actos) . . . . . » 0.50
OTTO MIGUEL CIONE, El Arlequín (Tragedia moderna en 3 actos) » 0.50
» » Partenza (drama en 3 actos) . . » 0.50
OVIDIO FERNANDEZ RIOS, El alma de la casa (comedia) . . . . . » 0.25
ERNESTO HERRERA El Estanque (drama en 3 actos) . . » 0.25
» » El león ciego (drama en 3 actos) . . » 0.25
» » La Moral de Misia Paca (comedia en 3 actos) . . . » 0.25
OROSMÁN MORATORIO, Dulce calma (comedia) » 0.25
» » Sol de Otoño (comedia) » 0.25
ALBERTO T. WEISBACH, El Guaso (boceto dramático) . » 0.25
» » Resaca (boceto dramático) » 0.25

CARLOS M. PACHECO, Los disfrazados, Sainete lírico-dramático . . . . » 0.25
» » Pájaros de presa . . . . . » 0.25
» » Los tristes, Cuadro dramático . . . . » 0.25
» » El alma á la espalda, Comedia . . » 0.25
» » Una juerga . . » 0.25
JOSE PEDRO BELLAN, Amor (drama en 3 actos) . . . . . » 0.30

Biblioteca Teatro Argentino

ARMANDO DISCEPOLO, Entre el Hierro (drama en 3 actos) . » 0.25
» » La Fragua (drama en 3 actos) » 0.25

Autores Extrangeros

ANATOLE FRANCE, Las siete mujeres de Barba Azul . . . . . » 0.50
MAX PEMBERTON, El Pirata de Hierro » 0.30
GUY BOOTHBY, La Venganza del Dr. Nikola . . . . . » 0.25
LE BLANC, Aventuras de Arsenio Lupin (La dama rubia) . . . . . » 0.20